

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO**

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES
IZTACALA

MUJERES MEXICANAS ANTE LA
INFIDELIDAD MASCULINA

T E S I N A
PARA OBTENER EL TÍTULO DE :
LICENCIADA EN PSICOLOGÍA
P R E S E N T A :
PATRICIA BOLAÑOS PERALTA

DIRECTORA: BERTHA ESTHER GALLEGOS ORTEGA
DICTAMINADOR: MARCO EDUARDO MURUETA REYES
DICTAMINADOR: JOSÉ ESTEBAN VAQUERO CÀZARES



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco en primer lugar a Dios por darme la fortaleza y paciencia para haber dado fin a este trabajo que al inicio veía muy complicado.

A mis padres: por darme la vida y ofrecerme los elementos básicos de la vida además de estar siempre conmigo y apoyarme.

A mi esposo: al que sigo queriendo y con el cual he pasado buenas y malas experiencias pero que nos han servido para madurar como pareja pero sobre todo como personas independientes que somos.

A mi hijo: al cual quiero muchísimo y que le he robado tiempo de su niñez para dedicarlo a mis estudios haciéndolo más independiente de lo que yo esperaba.

A mi hermana: que me ha dado su apoyo incondicional en todos los momentos de mi vida y ha sido como una segunda mamá y mi mejor amiga.

A mis asesores: a Marco con el que empecé a darle forma a mis ideas, a Bertha que me dio ese ánimo para continuar y terminar y a Vaquero que me apoyo cuando lo necesite.

Y por último:

A este bebé que estoy esperando que me ha dado el último empujón para terminar una de las metas más importantes de mi vida.

A todos gracias por estar en este momento tan importante.

INDICE

RESUMEN.....	4
INTRODUCCIÓN.....	7
CAPITULO 1: Educación de género.....	13
1.1 Definición de género.....	13
1.2 Niñez.....	15
1.3 Adolescencia.....	19
1.4 Adulto.....	21
CAPITULO 2: Antecedentes históricos de la familia.....	25
2.1 Familia consanguínea.....	26
2.2 Familia punalúa.....	27
2.3 Familia sindiásmica.....	27
2.4 Familia monogámica.....	31
2.4.1 Familia en la época prehispánica.....	33
2.4.2 Familia en la época colonial.....	34
2.4.3 Familia en la época independiente.....	36
2.4.4 Familia tradicional.....	37

CAPITULO 3: La mujer mexicana ante la infidelidad masculina.....	42
3.1 Definición de infidelidad.....	42
3.2 Mujer mexicana ante la infidelidad.....	45
CAPITULO 4: Causas de la infidelidad.....	52
4.1 Causas de la infidelidad masculina.....	52
4.2 Causas de la infidelidad femenina.....	55
CONCLUSIONES	59
BIBLIOGRAFÍA.....	64

RESUMEN

Desde hace mucho tiempo nuestra sociedad ha perpetuado patrones de conducta diferentes para el hombre y la mujer, esto ha sido transmitido de generación en generación por muchos medios como: la educación formal, la iglesia, los medios de comunicación, pero sobre todo por la familia en la cual la mujer aprende su manera de ser. Desde pequeña a la niña se le domestica para el servicio del hombre ya sea del papá o de los hermanos. De esta forma aprende que el hombre es la autoridad de la casa.

A pesar de la modernización la mujer sigue siendo educada de esta forma se le prepara para casarse, cuando esta en edad se le encausa para tener un novio oficial, su rol consiste en construir un noviazgo feliz, mantenerse virgen hasta el matrimonio y ser fiel antes y después de este, aunque el hombre no lo sea porque al él si le es permitido.

Tomando en cuenta estos aspectos el presente trabajo tuvo por objetivo investigar las reacciones de las mujeres mexicanas ante la infidelidad masculina.

De la investigación realizada se rescata principalmente que la educación recibida durante la niñez y juventud de la mujer influye en la manera de reaccionar ante la infidelidad puesto que se le enseña a ser responsable del éxito de la relación y cuando algo sale mal creen que han fracasado en su principal misión en la vida, aún cuando sea el hombre el que engaña, la sociedad presiona a la mujer a perdonar.

De esta forma la mayoría de las mujeres crecen y continúan con estos roles que adoptan de la familia de origen, lo que implica negar las propias necesidades e intentar satisfacer las de los otros miembros de la familia a costa de lo que sea.

INTRODUCCIÓN

Existe una diferencia biológica entre hombres y mujeres al momento de su nacimiento, no obstante esta diferencia se va profundizando hasta convertirse en desigualdad, a partir de la transmisión de valores, creencias e ideas, acerca de lo que es ser hombre y ser mujer, conformando roles y estereotipos, haciendo con esto una construcción social de la diferencia sexual que se denomina género. Esta educación de género permea a una gran parte de la sociedad, influyendo en la percepción sobre la forma de vida y las ideas que se generan en torno a ella (Montiel, 2001).

Esto es una formación diferenciada que es transmitida de generación en generación por los conocimientos, pautas de comportamiento, normas y costumbres. A través del contacto cotidiano entre los individuos o instituciones como la iglesia, el estado, los medios de comunicación, la educación formal, pero sobre todo por la familia que es el principal agente de socialización, el cual no solo imparte normas éticas sino que proporciona al niño su primera instrucción sobre las reglas sociales predominantes y también moldea su carácter. La familia inculca modos de pensar y de actuar que se convierten en hábitos. Debido a su enorme influencia afecta toda la experiencia anterior del niño (Lasch, 1984).

De esta forma la familia tiene un papel determinante para el comportamiento desigual entre hombres y mujeres ya que es el grupo social en el que se desarrolla.

En particular en nuestra sociedad, desde antes del nacimiento del niño se van marcando características que le determinarán como hombre o como mujer. Esto podemos verlo claramente en el momento que se eligen ciertos colores para cada uno de los sexos, de manera que si se cree que si va a nacer un bebé del sexo femenino se escoge ropa color rosa para vestirlo, en tanto que si se considera que será varón se adquiere ropa azul. Asimismo, se empieza la

Selección de juguetes a los que podrá tener acceso el bebé de acuerdo al sexo al que pertenezca (Guerrero, 1992). No existe ningún instinto maternal opina Beauvoir (1989), a la niñita le dan muñecas para que tome de una u otra forma un aspecto tangible. Su vocación le es dictada imperiosamente. Comprueba que el cuidado de los hijos recae sobre la madre, se lo enseñan.

La mujer aprende su manera de ser desde niña. Los troqueles en los que la niña mexicana vive le brindan desde pequeña la aceptación del rol maternal. Observa una madre desorbitadamente fecunda; tempranamente se le asignan funciones en el cuidado de los hermanos menores; en sus juegos muy precozmente se le entrena a hacer "la comidita" (Ramírez, 1975).

Desde pequeña a la niña se le domestica para el servicio del varón y toda su riqueza personal se pierde en los quehaceres de la casa los que desde pequeña se le asignan, ayudando a mamá y sirviendo a papá y hermanos.

De esta forma se da cuenta que el padre, es decir, el hombre, es la autoridad de la casa y que las mujeres solo tienen como arma para sobresalir: sus coqueterías, seducciones, belleza y estar pendiente de las reacciones de los demás, todo esto es aprendido de su madre. Quiere hacerse notar y lo logra haciendo todo lo que desde niña se le ha enseñado (Acevedo, 1972; citado en Gutiérrez, 1991).

A pesar de la modernización la mujer sigue siendo educada dentro del rol de la preparación para casarse. Cuando está en edad se le encausa para tener un novio oficial. Su rol consiste en construir un noviazgo feliz. Piensa enamorarse para siempre y el hombre del cual se enamore la entregará su virginidad (Oakley, 1977).

Así la mujer al casarse estará lista para dejar de ser persona y convertirse en la señora De, y este hecho es el que le da valor, por ello es aceptada, respetada, envidiada (Barrios, 1975; citado en Gutiérrez, op, cit.).

Todo este condicionamiento sufrido durante la infancia lleva a las jóvenes a aceptar el matrimonio como principio y fin de su vida, como el destino que la sociedad impone tradicionalmente.

De esta forma a la mujer se le enseña que su obligación es la de observar una castidad perfecta antes del matrimonio, y durante este mantener fidelidad. En este sentido la moral cristiana y la burguesa solo han insistido en los deberes de la esposa y se han hecho de la vista gorda para con los del marido, especialmente en lo que respecta a la infidelidad (Gondonneau,1974).

En nuestra cultura los matrimonios convencionales asumen junto con la exclusividad sexual, una serie de supuestos socialmente condicionados, por ejemplo:

- Una “aventura”, de ocurrir, no debe de ser descubierta.
- Si es descubierta significa que la relación de pareja es un “completo fracaso”.
- El miembro de la pareja fiel “debe” sentirse absolutamente traicionado.

También existe una diferencia genérica bajo los supuestos convencionales de que los hombres son menos fieles que las mujeres, y por eso es más esperable la infidelidad en los varones y por lo tanto perdonable (Zumaya,1999).

Como lo ha expresado Simone de Beauvoir,1970 (citado en Careaga, 1993) “Los hombres y las mujeres no han compartido el mundo en partes iguales. Ni en el plano moral ni en el sexual”.

A la mujer se le considera como un instrumento, ya de los deseos del hombre, ya de los fines que se le asigna la ley, la sociedad o la moral. Fines, sobre los cuales nunca se le ha pedido su consentimiento y en cuya realización participa solo pasivamente.

Al convertirla en objeto, en ser aparte y al someterla a todas las deformaciones que su interés, su vanidad y su mismo amor le dictan, el hombre la convierte en instrumento (Paz, 1985).

Sin embargo negarse a ser el otro, negar la complicidad con el hombre sería, renunciar a las ventajas que se les confiere. El hombre protege a la materialmente.

La mujer esquiva el riesgo metafísico de una libertad que debe inventar sus propios fines sin ayuda.

A la mujer solo le queda huir de su libertad, de su responsabilidad, tras la máscara de la femineidad, del matrimonio, de la fidelidad, de la represión sexual y moral que ella misma se impone. Esta monogamia, no es fruto del amor sexual individual, sino del cálculo y la propiedad privada, es decir, resultado de un hecho social y no la expresión de un acto natural y libre (Engels, 1970).

Sin embargo esto no siempre fue así puesto que al revisar el origen de la familia según Engels (op.cit.) podemos ver que en tiempos primitivos reinaba la promiscuidad donde un hombre tenía relaciones sexuales con muchas mujeres y viceversa.

El matrimonio por grupos era la forma en que se poseían recíprocamente dejando poco lugar para los celos. Comienza así la historia de la familia con la aparición de los derechos maternos, pues la descendencia es según la madre y por consiguiente la filiación femenina es la única que se considera entre ellas como válida.

Esta, es la primera etapa de la familia (Consanguínea) donde el primer progreso de la organización ha consistido en excluir a los padres y los hijos del comercio sexual recíproco, la segunda etapa de la familia es la Punalua, que consistió en la exclusión de los hermanos y las hermanas del comercio sexual. Con esta creciente complicación de las prohibiciones del matrimonio se hicieron cada vez más imposibles las uniones por grupos las cuales fueron sustituidos por la familia Sindiástica. En esta etapa, un hombre vive con una mujer pero de tal suerte que la poligamia y la infidelidad ocasional siguen siendo un derecho para el hombre al paso que casi siempre se le exige la más estricta fidelidad a las mujeres, mientras dure la vida en común, y su adulterio se castiga cruelmente.

Pero el vínculo conyugal se disuelve con facilidad por una y otra parte; y después, como antes los hijos pertenecen a la madre sola (Engels, op.cit.).

La abolición del derecho materno fue la gran derrota del sexo femenino, el hombre es quien toma el mando, aparece, la división del trabajo, que se dio entre el

hombre y la mujer en forma espontánea para la procreación de los hijos. La mujer cuida de la casa, de los alimentos, de los vestidos. El hombre va a la guerra se dedica a la pesca y pone los avios necesarios para ello. Cada uno de los dos es amo en sus dominios; el hombre en la selva y la mujer en la casa.

La mujer es dominada y se convierte en esclava de placer del hombre y en simple instrumento de reproducción. Esta forma de familia señala el tránsito del matrimonio sindiástico a la monogamia, para asegurar la fidelidad de la mujer y por consiguiente la paternidad de los hijos, así la mujer es entregada sin reservas al poder del hombre con el fin formal de procrear hijos de una paternidad cierta, y esta paternidad se exige por que esos hijos en la calidad de herederos directos han de estar un día en posesión de los bienes de la fortuna paterna.

Asimismo, la monogamia es solo para la mujer, y no para el hombre. De ahora en adelante solo el hombre puede romper este vínculo y repudiar a su mujer. También se le otorga el derecho de infidelidad conyugal (Engels, op. Cit.).

La misma causa que había asegurado a la mujer su anterior autoridad en la casa, aseguraba ahora la preponderancia del hombre.

De esta forma a la mujer se le ha creado una actitud, sumisa, tierna pasiva. En cambio al hombre se le ha otorgado un espíritu de iniciativa de poder aunque está realidad no sea psicológica, sino sociológica es lo que la sociedad en la que vivimos pide, por medio de todas las instituciones culturales transmisora de valores. Es lo que la educación (principalmente la familiar) perpetua como aprendizaje (Zumaya, 1999).

Haciendo creer a la mujer que su dependencia y explotación es historia natural sin percibir que es resultado de un hecho social.

Esto demuestra que la emancipación de la mujer y su igualdad de condiciones con el hombre son y seguirán siendo imposibles mientras permanezca fuera del trabajo productivo, y confinada dentro del trabajo doméstico, la emancipación de la mujer solo será posible cuando esta pueda

formar parte en vasta escala en la producción social y el trabajo doméstico no la ocupe sino un tiempo insignificante (Engels,1970).

De acuerdo con lo expuesto, el objetivo de este trabajo es investigar lo relacionado a las mujeres mexicanas ante la infidelidad masculina, siendo que nuestras raíces socioculturales han influido en las formas de comportamiento tanto femenino como masculino con ventaja de la posición masculina sobre la femenina. Con mayor control, de dominio y poder del hombre, y la mujer con una actitud de pasividad con tendencia a ser dominada y prevaleciendo la supremacía del padre y el auto sacrificio de la madre.

CAPITULO 1: EDUCACIÓN DE GÈNERO

En el presente capitulo se analizará el concepto de género como la interrelación de los aspectos biológicos, sociales, históricos, económicos y culturales haciendo un análisis de cómo es esta educación en el ser humano desde el nacimiento hasta la edad adulta.

1.1 Definición de género

Este término ha sido estudiado por varios autores tales como Oakley (1997), quien lo considera como un término psicológico y cultural, además de que se establece rápido y es irreversible, ya que desde que nace el ser humano lo clasifican por su sexo biológico y le asignan un género, lo que implica adquirir las pautas de comportamiento específicas según al género al que pertenece.

Este mismo autor cita a Stoller el cual “señala que dejando a un lado unas pocas excepciones existen dos sexos: varón y hembra. Para determinar el sexo se debe probar los elementos físicos: cromosomas, genitales externos, genitales internos, gónadas, estados hormonales y caracteres secundarios“, de esta manera el sexo de una persona esta determinado por la suma total de estas cualidades y lógicamente la mayoría de las personas se ubican en una de las dos curvas de distribución normal que se forman, una de las cuales corresponde al varón y otra a la hembra. Por otro lado señala que el género es un término que tiene connotaciones psicológicas y culturales más que biológicas sus dos términos que designan al sexo varón y hembra son los correspondientes al género “masculino” y “femenino”, y estos pueden ser independientes del sexo (biológico) que se da en una persona.

Otra definición de género es la que dice que la identidad es generada por el rol sexual de las personas. Los términos género y sexo se utilizan a menudo indistintivamente, aunque sexo se refiere a las características biológicas y físicas que convierten a un hombre o mujer en el momento de nacer,

y género se refiere a las conductas de identificación sexual asociadas a miembros de una sociedad.

Dado que los roles de género varían según la cultura, parece que muchas de las diferencias de conducta entre hombres y mujeres están causadas tanto por la socialización como por las hormonas masculinas y femeninas y otros factores congénitos (enciclopedia Encarta, Microsoft 2002).

Así mismo el Consejo Nacional de Población (1982), plantea a la identidad sexual como aquella que comprende tres aspectos básicos que son: la identidad de género, el rol de género, y la orientación sexual.

La identidad de género se refiere a la conciencia de pertenecer a un sexo determinado, es decir, sentir y pensar como hombre o mujer. Entidad psicológica que se forma a partir de mensajes implícitos o explícitos, verbales o no que se reciben del medio, dependiendo del sexo al que pertenezca y estrechamente vinculados a la imagen corporal.

El contenido de esta identidad es producto social y no es propio de la naturaleza humana. Hasta ahora lo único que parece intrínseco a la naturaleza masculina o femenina es la diferencia en su función reproductiva, lo demás, es resultado de la interacción social.

La mayor parte de los individuos poseen una identidad de género que corresponde a su sexo biológico.

Ubicar el rol de género en su contexto social es de primordial importancia.

En cuanto a la orientación sexual podemos decir que se refiere a la atracción, al gusto o preferencia del sujeto para elegir compañero en la relación coital.

En este tercer componente de la identidad sexual existe también un fuerte condicionamiento social, por medio del cual se presiona al individuo para que se comporten de determinada forma. Estos individuos que se apartan de la norma (homosexuales, prostitutas, madres solteras, etc.) sufren una fuerte presión social dirigida a controlar su conducta; y no hace falta recurrir a la autoridad formal para

sancionarlos, es la misma sociedad quien los castiga a través de distintas formas de marginación, como el aislamiento, el ridículo, el desprecio, etc.

Un elemento presente en la sociedad que vivimos es la clara división de funciones para varón y mujer, hecho que da lugar a la formación de guiones sexuales bien diferenciados. Sin embargo, debido a la incorporación de la mujer al proceso productivo los guiones sexuales han sufrido cambios tendientes a la flexibilidad. De manera que en una sociedad como la nuestra, en que los estereotipos de varón y mujer se presentan diferentes y hasta opuestos, no permiten la manifestación plena de las potencialidades de cada uno de ellos y en especial el de la mujer originándose una separación de funciones y actividades que limita las posibilidades para enfrentarse adecuadamente a la vida.

Además dentro de una misma sociedad los roles sexuales, presentan características específicas para cada etapa del desarrollo del individuo; y diverso tipos de exigencias para en el cumplimiento de cada una de ellas (Conapo, 1982).

En particular en nuestra sociedad, antes de nacer el niño, se van marcando características que le determinarán como hombre o mujer. Es común que la pareja y los familiares más próximos deseen que el primogénito sea hombre ya que el papel asignado y asumido al varón es de poder, dominio, audacia, fuerza, etc. Mientras que la mujer es quien asume la posición para ser débil, pasiva, sumisa, etc., además, el nacimiento de una niña es considerado como un mal negocio, desgaste físico y preocupación moral de la familia, que debe cuidar su virginidad, solucionar el problema del matrimonio, y en caso de no casarse se convertirá en una solterona cuyas quejas neuróticas son cargas para la familia (Díaz, 1975).

1.2 Niñez

De esta forma Oakley (1977) considera que a un niño recién nacido no solo se le clasifica inmediatamente según su sexo sino que también se le asigna un género. En la mayoría de los hospitales de maternidad se hacen comentarios de tipo sexual, después del parto, sobre la conducta y el aspecto de los recién nacidos. Si un niño tiene una erección mientras se le pesa se dice

bromeando que es un pequeño mujeriego y si una niña nace con los cabellos rizados se asegura que es muy atractiva; todos estos hechos marcan el comienzo de un proceso de aprendizaje de género que resulta de capital importancia para el niño.

Así mismo, mucha gente ya esta familiarizada con el estudio del mismo bebè al que visten primero de niño y después de niña. Que el bebè sea vestido de azul o de rosa lo hacen recibir un trato diferente de las personas que lo visitan. Los adultos que se acercaban a la “niña “ se mostraban más cariñosos, pero cuando se acercaban al “niño” eran más reacios al contacto físico y le hablaban con voces más profundas y fuertes (Acuña, 1991; citado en Gorra, 2001).

Por otra parte Beauvoir (1989) comenta que poco a poco al niño se le niegan los besos y las caricias; en cuanto a la niña, la siguen halagando, le permiten vivir a las faldas de la mamá, el padre la sienta sobre sus rodillas y le acaricia los cabellos; la visten con ropas suaves, son indulgentes con sus muecas y coqueterías. Al niño por el contrario van a prohibirle hasta la coquetería “un hombre no pide que lo besen...un hombre no se mira en el espejo....un hombre no llora” le dicen. Quieren que sea “un hombrecito”.

Antes que nada, deberá desarrollarse de acuerdo a su digno papel de varón. Nada de muñecas ni de casas de muñecas, jugará con soldados, pistolas, caballos de todos los santos, espadas, etc. Se desaprobará severamente toda demostración de intereses de tipo femenino. En esta desaprobación participan todos: hermanos, tíos, primos y hasta la madre. Por otro lado la niña debe crecer hasta ser igual a su destino: feminidad superlativa, el hogar, la maternidad. De pequeña se entretiene con muñecas y jugando a la casita (Díaz, 1975).

Así la pasividad que caracterizará esencialmente a la mujer “femenina” es un rasgo que se desarrolla en ella desde sus primeros años. Pero es falso pretender que ese es un dato biológico; en verdad, es un destino que le imponen sus educadores y la sociedad. Hasta una madre generosa que busca

sinceramente el bien de su hija, pensará casi siempre que es más prudente hacer de ella una “verdadera mujercita”, puesto que así la sociedad la recibirá con más facilidad.

A la niña le vierten al oído los tesoros de prudencia femenina, le proponen virtudes femeninas y le enseñan cocina, costura y el cuidado de la casa al mismo tiempo que la toilette, el encanto y el pudor; la visten además con ropas incómodas y preciosas, que debe cuidar, la peinan de manera complicada, y le imponen ciertas reglas de compostura. Le impiden ejercicios violentos y que no se pelee. Hoy gracias a las conquistas del feminismo, se vuelve cada vez más normal estimularla a que estudie o se entregue a los deportes, pero se le perdona mucho más fácilmente que al varón su falta de éxito, y éste se le vuelve más difícil porque se exige de ella una realización distinta: se quiere también que sea una mujer, que no pierda su femineidad.

Por tal motivo Ramírez (1975), considera que las pautas de comportamiento se aprenden tempranamente, la mujer aprende su manera de ser desde niña.

Las madres comenta la autora Barrios (1975)(citada, en Gutiérrez,1991) enseñan a las niñas a cambiar pañales, preparar biberones y algunas otras cosas del cuidado del bebé. Y los niños no hacen nada porque esas son cosas de mujeres. Destaca Beauvoir (op;cit) que la vida casera también provee a la niña de una serie de afirmaciones de sí. Gran parte del trabajo doméstico puede ser realizado por una niña muy joven, por lo cual el varón es casi siempre dispensado de hacerlo; pero a la hermana se le pide que barra, quite el polvo, pele las legumbres, lave al bebé y vigile la cocina. La hermana mayor sobre todo, es asociada de ese modo a las tareas maternas, la madre descarga en ella gran parte de sus funciones, esto le ayuda a asumir su femineidad. Si se le pide un esfuerzo que esté a su alcance se siente orgullosa al sentirse eficaz como una persona grande y le regocija el ser solidaria con los adultos.

Las actividades de la madre, son accesibles a la niña de quien dicen los padres ya es una “mujercita” y a veces se estima que es más precoz que el varón; y en verdad si se encuentra más cerca del estado adulto es porque

dicho estado sigue siendo tradicionalmente más infantil en la mayoría de las mujeres. El hecho es que se siente precoz y le halaga desempeñar con los recién nacidos el papel de una “madrecita”, pues entonces se vuelve importante y habla razonablemente, da órdenes y adquiere superioridad sobre sus hermanos encerrados en el cerco infantil.

La jerarquía de los sexos la descubre ante todo en la experiencia familiar, y la niña comprende poco a poco que si la autoridad del padre no es la que más se hace sentir diariamente, es, sin embargo, soberana y la circunstancia de que no pierde su fuerza no hace más que aumentar su prestigio. Aún si de hecho es la madre quien reina como ama de casa, tiene siempre el tacto de anteponer a la suya la voluntad del padre, en los momentos importantes, recompensa o castiga en su nombre y exige a través de él.

Todo contribuye a confirmar esa jerarquía ante la niña. Su cultura histórica y literaria, las canciones y las leyendas con las cuales la acunan son una exaltación del hombre. Los hombres conducen al mundo. Los jefes de estado, los exploradores, los músicos y los pintores que admira la niña son hombres. Ese prestigio se refleja en el mundo sobrenatural. Generalmente, y a consecuencia del papel que juega la religión en la vida de las mujeres. En el cual Dios Padre es hombre. Según los teólogos los Ángeles no tienen sexo, pero llevan nombres masculinos. Los cuales son los emisarios de Dios sobre la tierra, como el Papa y los obispos, cuyo anillo se besa. Las relaciones de una niña con el padre son análogas a las que mantiene con el padre terrestre.

Así aprende que para ser dichosa hay que ser amada por un hombre y para ser amada hay que esperar el amor. La mujer es la bella durmiente, Cenicienta, Blanca Nieves, la que recibe y sufre. En las canciones y en los cuentos se ve que el joven parte a la aventura en busca de la mujer. Y ella está encerrada o dormida y espera. Un día llegará mi príncipe. La necesidad de la mujer es encantar un corazón masculino.

Es entonces cuando la apariencia física se convierte en una obsesión, a la edad de nueve o diez años la niña sueña que ya ha alcanzado la edad del amor, se divierte maquillándose y se disfraza de dama.

1.3 Adolescencia

En esta etapa comienzan a aparecer los caracteres sexuales secundarios del adolescente, se muestra una marcada atracción hacia el sexo opuesto, se incrementan las prohibiciones a la chica para actividades a las que concurren adolescentes de ambos sexos (fiestas o cualquier evento creativo) en tanto se teme la pérdida de la virginidad. Estas mismas restricciones no se dan en el caso del varón, ya que el papel que juega dentro de la sociedad, es de poder y por tanto tiene la libertad de “tomar la virginidad de cualquier muchacha (Oakley, 1977).

El inicio de la adolescencia en nuestra sociedad trae distintos tipos de expectativas en los chicos y en las chicas. Para la chica, la pubertad es una época llena de peligros de la que solo puede salir uniéndose a un hombre en matrimonio (o al menos en una relación que conduzca al matrimonio), para el chico, por otra parte, es una época de aventura en la que los lazos que lo unían al hogar van desapareciendo a medida que sale fuera a probar su virilidad. Aunque ambos pueden sentir durante esta etapa de su vida el desasosiego de una excitación específicamente sexual-genital, y el consiguiente deseo de aplacarlo, los pensamientos de la chica son dirigidos hacia la anticipación de las menos peligrosas ocupaciones de esposa, madre y ama de casa. Por consiguiente sus sueños sobre la parejita de críos, su propio hogar y tantos encantos de la vida doméstica, representan una actividad de desplazamiento, cuya finalidad es la inhibición del deseo sexual. Tal inhibición no existe en los chicos (Conapo, 1982).

Díaz (1975), refiere que la misma sociedad marca que el hombre obtiene su virilidad cuando mantiene constantes relaciones coitales, no importa con que mujer. Desde la adolescencia en adelante y a través de la existencia entera del varón, la virilidad será medida por la potencia sexual, y solo secundariamente en términos de fuerza física, valor o audacia.

En cambio el destino de la mujer es la castidad, hasta que llega al matrimonio, para ella el acto de la carne si no ha sido santificado por el código o el sacramento es una falta.

La vida sexual de la mujer ha sido siempre clandestina; cuando su erotismo se transforma invade toda su carne, su misterio se vuelve angustiante. La joven es destinada a la "pureza", a la inocencia, precisamente cuando descubre en ella y en su entorno las misteriosas obscuridades de la vida y del sexo. La quieren blanca y transparente como el cristal. Tapizan su habitación con colgaduras color almendra, bajan el tono de voz cuando se aproxima y la prohíben toda clase de libros escabrosos.

A la joven le exigen que se quede en casa y vigilan sus salidas, no la estimulan a que ella decida sus diversiones y placeres. Además de la falta de iniciativa que provienen de su educación, las costumbres le vuelven difícil la independencia necesaria. Su madre le ordena que no traten más a los varones como compañeros que no permitan nada, y que asuman un papel pasivo. Si quieren esbozar una amistad o un romance, deben evitar con todo cuidado el que parezca que la iniciativa es suya; a los hombres no les gustan las intelectuales o sabihondas, les espanta la audacia excesiva o la demasiada cultura, inteligencia o carácter. Ser femenina es mostrarse impotente, pasiva y dócil. La joven tendrá que engalanarse con la gracia y el encanto que le han enseñado sus mayores. Su coquetería que había desaparecido en el transcurso de los años de infancia, ahora resucita, intenta afeites y peinados diversos en vez de ocultar sus senos se los arregla para hacerlos más corpulentos, y estudia su sonrisa en los espejos Beauvoir (op, cit.).

Las chicas descubren que el atractivo personal es el valor más importante para la representación del papel de género. El descenso que muchas chicas tienen durante estos años en el rendimiento escolar es un efecto secundario de su interés por la apariencia personal.

A pesar de la modernización la mujer sigue siendo educada dentro del rol de la preparación para casarse. Cuando esta en esta edad se le encausa para tener un

novio oficial. Su rol consiste en construir un noviazgo feliz. Piensa enamorarse para siempre y el hombre del cual se enamore le entregara su virginidad (Oakley op, cit.).

Llegado el momento del matrimonio, el hombre buscará a una mujer educada “decente” quien pueda asegurar su virginidad, prometa ser una buena esposa y madre y a la que exigirá cumplir con sus deberes conyugales. Como se trata de la mujer honesta, no le pedirá mucho en cuanto a iniciativa e inventativa sexual, le bastará con una buena amante, lo cual , tomando en cuenta que la mujer no tiene ninguna experiencia anterior y desconoce todo lo relacionado al sexo, no será difícil (Vidal, 1977) (citado en Guerrero, op, cit.).

Durante la adolescencia y la juventud las mujeres mexicanas atraviesan el periodo más feliz de sus vidas. Son colocadas sobre un pedestal y son altamente valoradas, se le dedican poemas y canciones, escuchará serenatas, es sujeto de galanterías y de toda la ternura de que el mexicano es capaz, entra en un estado de éxtasis por resultado de esta veneración, de esta increíble sumisión de esclavo, reina (Díaz, 1975).

1.4 Edad adulta

Después de toda esa preparación la mujer llega a la edad adulta con su principal objetivo en la vida: casarse. A partir de ese momento, su vida estará en función total de la cotidianidad del matrimonio

Desde el matrimonio empieza la carrera de la mujer pronto llegará el hijo y ella se dedicará en cuerpo y alma a ese ser (Careaga, 1993).

El hombre según su rol se encargará de trabajar fuera del hogar para conseguir los medios económicos para mantener adecuadamente a la familia, y de representarla en el exterior, por ese hecho desarrolla sus capacidades intelectuales y se convierte en un ser agresivo, la mujer por su parte desempeña un rol expresivo, dedicada a satisfacer las necesidades afectivas y a ocuparse del interior del hogar, este hecho condiciona su carácter, haciéndola dulce tranquila, apacible, tierna (Waldman, G. 1980; citado en: Gutiérrez, 1991).

De esta forma cada cultura construye sus propias ideas en cuanto a lo que significa ser hombre o mujer. A través de la socialización, los individuos interiorizan los atributos que socialmente se asignan a hombres y mujeres. Por ello, el género es un concepto central en la estructura de la persona y una categoría cognoscitiva que, con base en la construcción social de los sexos, estructura las ideas en torno a la naturaleza y la ciencia, a lo público y lo privado, a lo racional y lo irracional, a lo bueno y lo malo, etcétera. En la sociedad actual, a la mujer se le reconocen aquellos atributos que son definidos como más próximos a lo natural que a lo cultural. La asociación de la mujer con la naturaleza se centra en la esfera de lo privado y destaca las posibilidades de cuidado y reproducción; más allá del hecho de que muchas trabajan fuera del hogar las mujeres son identificadas ante todo como madres y amas de casa. El hombre en cambio es definido más próximo a lo cultural, como independiente y productivo.

Los estereotipos sexistas cumplen con la función social de legitimar y perpetuar la posición de desigualdad de la mujer y, como consecuencia, el poco poder que detentan las mujeres, en la sociedad (Lamas,1996).

Desde hace siglos hasta ayer, a la mujer se le ha inculcado el concepto de que posee un aparato (y un potencial) sexual inferior al hombre. Aristóteles la definió como un hombre que no ha llegado a su completa realización. Perkins la parangonó a un resto biológico. En estos argumentos se ha basado su subordinación económico-político-social. Que ha potenciado la estructuración jerárquica de la familia administrada de un modo autoritario por el hombre.

La familia no ha entrado en crisis, hasta el momento en que la sexología no ha desmentido la tradicional superioridad sexual del hombre, cuestionando los derechos hegemónicos de éste.

Durante todo éste tiempo, la mujer, ha estado prácticamente forzada a ser lo que el hombre y la sociedad han querido que fuese: el dominado “ángel del hogar”, “la madre” de sus hijos”. Ese ángel es condescendiente y obediente para con su señor. Dentro y fuera de la casa. Y más que en ninguna otra parte, en la cama, donde su obligación y su deber eran la de abrir las piernas (pero solo lo necesario

y volverlas a cerrar según los deseos del marido, exclusivamente para consentir el mecanismo de procreación.

Ni hablar de placer constituía un hecho casual, a mantener lo más oculto posible; si no se sentía, entonces no había ningún problema pues eso entraba de lleno en la lógica moral imperante. Buscar placer por tanto hubiese sido perjudicial, vergonzoso e incluso peligroso.(Di Meglio,1980).

A partir de todo este acondicionamiento se van formando ciertos estereotipos de conducta, tanto femenina como masculina entre los que destacan en la mujer:

La abnegación. El masoquismo de la mujer con sus variantes perfectamente bien sintetizadas en el concepto de la abnegación, constituye la trampa perfecta para su nulificación humana, y por ende para el atropello y denigración de sus derechos esenciales.

La abnegación implica una idea de renuncia, un no desear nada para sí, una perenne limitación.

La servidumbre. El servilismo atávico de la mujer mexicana es a su vez consecuencia y motivo de la abnegación. El hecho de servir es para las mexicanas más que una actitud una filosofía; ellas no son serviles en cuanto hacen eso o aquello a favor de otros, sino más bien en la medida en que sirven con todo su ser, es decir, en cuanto a que se someten de manera absoluta a los intereses de quienes las rodean.

La mujer en México es un ente al servicio de los hombres es alguien con quien ellos cuentan incondicionalmente, en cualquier circunstancia, positiva o negativa, y regularmente sin ninguna remuneración.

La actitud sexual. Sexualmente las mujeres también prestan un servicio no remunerado. No hablemos de remuneración económica, puesto que en términos estrictos, el placer sexual, solamente puede ser compensado con placer, y a la mayoría de las mexicanas les está vedado eso. Los prejuicios prohibitivos que con relación a la sexualidad femenina privan en nuestro ambiente son innumerables y tan perfectamente bien manejados que se han constituido en un verdadero código moral que controla la conducta sexual de las mujeres.

La época actual es todavía un periodo de transición desde el punto de vista feminista, muy a pesar de los programas que tienden a la igualdad de oportunidades de la mujer y de que su status en la sociedad, en general han mejorado, no se ha alcanzado aún la completa igualdad en todos los sentidos aun en el ámbito familiar.

CAPITULO 2: ANTECEDENTES HISTÓRICOS DE LA FAMILIA

Como ya se mencionó los cambios que se han dado en cuanto a los roles sexuales no han sido suficientes para que haya una igualdad entre el hombre y la mujer, pero a pesar de esto se ha empezado a ver un cambio en cuanto a lo que define a la familia.

Durante años la familia ha tenido diferentes connotaciones pues conforme ha ido pasando el tiempo el significado de familia ha ido cambiando de acuerdo al tiempo histórico, a la disciplina que lo este estudiando y a un sin fin de situaciones que estén ocurriendo en ese momento.

En términos generales todos los investigadores sociales han dicho que uno de los pilares básicos de la estructura social es la familia, es además para muchos una institución que siempre tendrá que sobrevivir porque es el núcleo central de la organización social (Careaga, 1993).

Esta ha sido estudiada por diversos investigadores como Fromm, (1970); Engels, (1970); Linton, (1970); Bachofen y Morgan, (citados en Lasch, 1984) entre otros. Los cuales tienen como punto en común considerar a la familia como una unidad básica de la sociedad. Además de que cumple con funciones que no puede realizar ninguna otra institución tal función es la de satisfacer las necesidades psicológicas que pueden resumirse en las de afecto, seguridad y adecuada correspondencia emocional.

Conceptuar a la familia lleva implícito hablar de la relación hombre-mujer, o de matrimonio ya que a partir de aquí se puede identificar la formación de la familia.

Por lo tanto la familia como nosotros la conocemos es producto de una serie de cambios que se han dado a lo largo de la historia y aunque siguen siendo oscuros tanto los orígenes como las etapas nos basaremos en Engels (1970), para tener una idea de cómo ha ido evolucionando y comprender de

alguna forma el porque de la actitud de las mujeres en cuanto al papel que ha asumido en la actualidad con respecto a la infidelidad.

2.1 Familia consanguínea

Según Engels (1970), esta la primera etapa de la familia, en la cual los grupos conyugales se separaban según las generaciones: todos los abuelos y abuelas, en los límites de la familia, son maridos y mujeres entre sí; lo mismo sucede con sus hijos, es decir, los padres y las madres; los hijos de éstos, forman, a su vez, el tercer círculo de cónyuges comunes; y sus hijos, es decir, los biznietos de los primeros, el cuarto. En esta forma de la familia, los ascendientes y los descendientes, los padres y los hijos, son los únicos que están excluidos entre sí de los derechos y de los deberes (pudiéramos decir) del matrimonio. Hermanos y hermanas, primos y primas en primero , segundo y restantes grados más lejanos, son todos ellos entre sí, hermanos y hermanas, y por eso mismo todos ellos maridos y mujeres unos de otros. El vínculo de hermano y hermana, en ese período, tiene consigo el ejercicio del comercio carnal recíproco.

La familia consanguínea ha desaparecido. Ni aún los pueblos más groseros de que habla la historia nos presentan ningún ejemplo de ella.

2.2 Familia punalúa

Si el primer progreso de la organización ha consistido en excluir a los padres y los hijos del comercio sexual recíproco, el segundo ha consistido en la exclusión de los hermanos y las hermanas. Por la mayor igualdad de edades de los interesados, este progreso ha sido infinitamente más importante, pero también mucho más difícil que el primero. Es verosímil que se haya realizado poco a poco, excluyendo del comercio sexual a los hermanos y hermanas uterinos (es decir, por parte de madre), al principio en casos aislados, luego como regla general. Este progreso constituye, según Morgan, “ un pasmoso ejemplo de la influencia del principio de la selección “; cierto número de mujeres, con exclusión de las

hermanas de ellos, y esas mujeres se llamaban entre sí punalua; una característica esencial era: comunidad recíproca de hombres y mujeres en el seno de un determinado círculo de familia, pero del cual se excluían al principio los hermanos carnales, y más tarde, también los hermanos más lejanos de las mujeres, e inversamente también las hermanas de los hombres.

En ninguna forma de la familia por grupos puede saberse con certeza quièn es el padre de la criatura, pero sí se sabe quièn es la madre. Aun cuando esta llama hijos suyos a todos los de la familia común y tiene deberes maternales para con ellos, no por eso deja de distinguir a sus propios hijos entre los demás. Por tanto, la descendencia no puede demostrarse sino por la línea materna, y, por consiguiente, solo se reconoce la filiación femenina. Bachofen designa este reconocimiento exclusivo de la filiación maternal, y las relaciones de herencia que después se han deducido de èl, con el nombre de “derecho materno” Sin embargo, es inexacta; porque en ese estadio de la sociedad no existe aún derecho en el sentido jurídico de la palabra. En cuanto fue objeto de la reprobación de la sociedad el comercio sexual entre todos los hermanos y hermanas (incluso los colaterales más lejanos) por línea materna, el grupo antedicho queda transformado en una gens, es decir, se constituye un círculo cerrado de parientes consanguíneos por línea femenina, que no pueden casarse unos con otros; círculo que desde ese momento se consolida cada vez más por medio de instituciones comunes, de orden social y religioso que lo distinguen de las otras gentes de la misma tribu.

2.3 Familia sindiàsmica

Bajo el régimen del matrimonio por grupos, o quizá antes, se formaban ya parejas conyugales unidas para un tiempo más o menos largo; el hombre tenía una mujer en jefe (no puede aún decirse que una mujer favorita) entre sus numerosas esposas, y era para ella el esposo principal de todos. Pero conforme se desarrollaba la gens e iban haciéndose más numerosas las clases de “hermanos” y de “hermanas”, entre quienes en adelante era imposible el matrimonio, han debido de contraerse cada vez más uniones de ese género. Aún fue más lejos el

impulso dado por la gens a la prohibición del matrimonio entre parientes consanguíneos. Con esta creciente complicación de las prohibiciones del matrimonio se hicieron cada vez más imposibles las uniones por grupos, las cuales fueron sustituidas por la familia sindiásmica. En esta etapa, un hombre vive con una mujer, pero de tal suerte, que la poligamia y la infidelidad ocasional siguen siendo un derecho para los hombres, al paso que casi siempre se exige la más estricta fidelidad a las mujeres, mientras dure la vida común, y su adulterio se castiga cruelmente. Pero el vínculo conyugal se disuelve con facilidad por una y otra parte; y después, como antes, los hijos pertenecen a la madre sola.

La selección natural continúa obrando en esta exclusión cada vez más grande de los parientes consanguíneos del lazo conyugal.

Por tanto, la evolución de la familia en la historia primitiva consiste en estrecharse constantemente el círculo en el cual reina la comunidad conyugal entre los dos sexos, y que en su origen abarcaba la tribu entera; en último término no queda sino nada más que la pareja provisionalmente unida por un vínculo frágil aún: Es la molécula, con la disociación de la cual concluye el matrimonio en general. Esto prueba que poco tiene que ver el origen de la monogamia con el amor sexual individual, en la actual acepción de la palabra.

Mientras que en las anteriores formas de la familia los hombres nunca pasaban apuros por encontrar mujeres, antes bien tenían más de las que hacían falta; Desde este momento escasearon las mujeres y fueron más buscadas. Por eso, con el matrimonio sindiásmico empiezan el raptó y la compra de las mujeres, síntomas muy difundidos, pero; no incumbe el convenir en un matrimonio a los interesados, a quienes a menudo ni aun se les consulta, sino a sus madres. Quedan prometidos así dos seres que no se conocen el uno al otro, y llegan a saber del trato en el momento del enlace matrimonial. Antes de la boda, el futuro hace regalos a los parientes esta, regalos que se consideran como el precio por el cual compra a la joven núbil que le ceden. El matrimonio es disoluble a voluntad de cada uno de los dos cónyuges.

En esta época seguía existiendo el hogar comunista el cuál significa predominio de la mujer, lo mismo que el reconocimiento de una madre propia, la mujer era muy considerada y también libre.

En los pueblos del Asia anterior mandaban a sus hijas al templo Anaitis, donde debían entregarse al amor libre con favoritos elegidos por ellas antes de poderse casar, en casi todos los pueblos Asiáticos entre el Mediterráneo y el Ganges hay análogas usanzas, disfrazadas de costumbres religiosas. Esto se hace cada vez más ligero con el tiempo, la ofrenda repetida cada año, cede el puesto a un sacrificio hecho solo una vez; sustituye al hetairismo de las matronas por el de las jóvenes solteras; se practica antes del matrimonio, en vez de ejercitarlo durante éste; en lugar de abandonarse a todos, sin tener derecho a elegir, la mujer ya no se entrega sino a ciertas personas.

De esta forma las jóvenes gozan de la mayor libertad sexual hasta que contraen matrimonio. “Las mujeres indias hablan sin vergüenza ni censura de sus hijos ilegítimos; y esto es la regla.

En otros pueblo los amigos y parientes del novio o los convidados a la boda ejercen con la novia, durante la boda misma, el derecho adquirido por usanza inmemorial, y al novio no le llega la vez sino al último de todos.

Solo después de efectuado por la mujer el tránsito al matrimonio sindiásmico, es cuando los hombres pudieron introducir la monogamia estricta, por supuesto en perjuicio de las mujeres.

En la familia sidiásmica había ya quedado reducida a su última unidad; y su molécula a dos átomos, un hombre y una mujer. La selección natural había realizado su obra con la exclusión cada vez más completa de la comunidad de los matrimonios.

La domesticación de los animales y la cría de ganados había abierto aquí un manantial de riqueza desconocido hasta entonces, creando condiciones sociales enteramente nuevas. La riqueza duradera limitábase poco más o menos a la habitación, vestido, alhajas y enseres necesarios para preparar los alimentos: la

barca, las armas, los trebejos caseros más sencillos. Antes había que conquistar al día los alimentos pero desde aquel instante las riquezas solo necesitaban vigilancia y los más burdos cuidados para reproducirse en una porción más grande.

Convertidas todas esas riquezas en propiedad particular de las familias, y aumentadas rápidamente removían en sus cimientos la sociedad fundada en el matrimonio sindiástico y en el matriarcado.

Este matrimonio introdujo un nuevo elemento. Junto a la verdadera madre puso al verdadero padre. Con arreglo de la división del trabajo en la familia, el papel del hombre consistía en proporcionar la alimentación y los instrumentos del trabajo necesario para ello, y en caso de separación se los llevaba, de igual manera que la mujer conservaba sus enseres domésticos. En esa época el hombre era igual propietario de el ganado y de los esclavos, pero sus hijos no podían heredar de él. En caso de morir el hombre la herencia era para su gens de la cual provenía. A medida que iba en aumento la fortuna al hombre le daba una posición más importante que a la mujer en la familia, hasta que quedó abolida la afiliación femenina y el derecho hereditario materno, sustituyéndolos por la filiación masculina y el derecho hereditario paterno.

La abolición del derecho materno fue la gran derrota del sexo femenino. El hombre llevó también el timón de la casa, la mujer fuè envilecida, domeñada, trocòse en esclava del placer y en simple instrumento de la reproducción. En ese momento surgió la familia patriarcal caracterizada por la organización de cierto numero de individuos en una familia bajo el poder paterno del jefe de esta.

La palabra familia la inventaron los romanos para designar a este nuevo organismo social, cuyo jefe tenia bajo su poder a la mujer, a los hijos y a cierto numero de esclavos y tenía el derecho de vida y muerte sobre ellos. Esta forma de familia señala el tránsito del matrimonio sindiástico a la monogamia. Para asegurar la fidelidad de la mujer, y por consiguiente, la

paternidad de los hijos, es entregada sin reservas al poder del hombre; cuando éste la mata no hace más que ejecutar su derecho.

2.4 Familia monogámica.

Nace de la familia sindiàsmica en esta se funda el poder del hombre con el fin de procrear hijos de una paternidad cierta y esa paternidad se exige porque un día han de entrar en posesión directa de los bienes de la fortuna paterna. También se le otorga el derecho de infidelidad conyugal, el código Napoleón se lo expresa mientras no tenga la concubina en el domicilio conyugal. Y se ejercita cada vez más, mientras que a la mujer si lo hace es castigada severamente.

Entre los griegos encontramos esta la nueva familia. En Homero, las mujeres jóvenes conquistadas quedaban a disposición del hombre a su antojo, los jefes elegían a las más hermosas y se las llevaban a la casa conyugal. La mujer legítima tenía que aguantar esto y a su vez se le exigía guardar una castidad y una fidelidad conyugal estricta. Los griegos de una época más reciente se deben distinguir entre los dorios y los jonios. Los primeros de los cuales Esparta es el ejemplo clásico, se encuentran desde muchos puntos de vista en condiciones conyugales mucho más primitivas que las pintadas por Homero. Las uniones estériles se rompen; el rey Anaxàndridas (hacia el año 650 antes de nuestra era) tomó una segunda mujer, sin dejar a la primera, que fue estéril, y sostenía dos domicilios conyugales; hacia la misma época, teniendo el rey Aristón dos mujeres sin hijos, tomò otra tercera, pero en cambio repudiò a una de las dos primeras. Además, varios hermanos podían tener una mujer en común; el hombre a quien convenía más la mujer de su amigo podía participar de ella con éste; y se encontraba muy decente poner la mujer a disposición de “ un buen semental “ aun cuando no fuese ciudadano libre, por esta razón, era cosa inaudita el adulterio efectivo, la infidelidad de la mujer a espaldas de su marido.

Algo parecido pasaba entre los jonios, respecto a lo que es característico del régimen de Atenas. Las doncellas no aprendían sino a hilar, tejer y coser, a lo

sumo a leer y escribir. No tenían trato sino con otras mujeres, equivale a decir que estaban prisioneras. Su habitación era un aposento separado de la casa, sito en el piso alto o detrás de esta; los hombres, sobre todo los extraños, no entraban fácilmente allí, donde se retiraban ellas cuando iban visitas masculinas. Las mujeres no salían sin que la acompañase una esclava; dentro de la casa eran objeto de una vigilancia exquisita; Aristòfanes habla de perros de presa adiestrados para espantar a los galanes, y (a lo menos en las ciudades asiáticas) para vigilar a las mujeres había eunucos. En Eurípides se designa a la mujer como un oikurema, como una “ cosa “ destinada al cuidado del hogar doméstico (la palabra es neutra), y, fuera de la procreación de los hijos no era para el ateniense sino la criada principal. El hombre tenía sus ejercicios gimnásticos, sus discusiones públicas, de donde estaba excluida la mujer; además tenía esclavas a su disposición, y en la época floreciente de Atenas, una prostitución muy extensa y por lo menos protegida por el Estado. Precisamente, esa prostitución fue el punto de partida del desarrollo del carácter de ciertas mujeres griegas, que por su ingenio y su gusto artístico sobresalen por encima del nivel general del mundo femenino antiguo tanto como las mujeres espartanas lo superan por el carácter. Pero el hecho solo de que para convertirse en mujer fuese preciso antes hacerse hetaria, es la condenación más severa de la familia ateniense.

Pero a pesar del secuestro y de la vigilancia, las griegas hallaban ocasiones para engañar a sus maridos. Estos, que se hubieran ruborizado de mostrar el más pequeño amor a sus mujeres, recreàbanse con las hetarias en toda clase de galanterías; pero el envilecimiento de las mujeres se vengó en los hombres.

Los hombres habían logrado la victoria sobre las mujeres, pero ellas se encargaron generosamente de coronar a los vencedores. El adulterio do prohibido y castigado con rigor llevo a ser una institución irremediable junto con la monogamia y el hetairismo. La certeza de la paternidad de los hijos descanso en el convencimiento moral, lo mismo después que antes; y para resolverlo el código Napoleón dispuso: “Art. 312.-El hijo concebido durante el matrimonio tiene por padre al marido”. Este es el resultado de tres mil años de monogamia.

En la monogamia pudo desarrollarse el amor sexual moderno, aunque no un amor recíproco entre esposos, sino más bien al amor caballeresco de la Edad Media que marcha al adulterio que cantan los poetas.

Con el paso del tiempo el matrimonio fue de dos formas. En los países católicos los padres eran quienes proporcionaban al hijo la mujer “conveniente” de lo cual resultaba el desarrollo de lo que encierra la monogamia; el hetairismo por parte del hombre y el adulterio de la mujer por otra parte. Y si la iglesia católica ha abolido el divorcio, es probable porque habrá reconocido que contra el adulterio, como contra la muerte no hay remedio que valga.

Por el contrario en los países protestantes la regla es conceder al hijo de familia más o menos libertad para buscar mujer dentro de su clase; de esto resulta un cierto grado de amor que puede formar la base del matrimonio. Pero en ambos casos el matrimonio se funda en la posición social de los contrayentes y por tanto es un matrimonio por conveniencia.

Enfocándonos particularmente a las raíces de nuestra cultura mexicana revisaremos las etapas por las que ha pasado, comenzando por la prehispánica.

2.4.1 Familia en la época prehispánica

En esta época la cultura era profundamente religiosa. La vida cotidiana de hombres y mujeres estaba normada hasta en sus más mínimos detalles. La mujer debía cumplir las normas sociales para su propia felicidad y bienestar. La mujer debía ser dócil en la aceptación del marido que para ella había sido buscado por los padres a través de las casamenteras. La dedicación al matrimonio se consideraba una definición para la vida de la mujer (Tuñón, 1987).

En esta época la familia se encontraba bajo un régimen patriarcal, la mujer siempre dependía del hombre, padre o marido, aunque ocupaba un lugar, preciso en la producción de acuerdo con una división del trabajo, la cual le asignaban las labores domésticas. Estas comprendían, además de la limpieza de la casa y las

labores de la cocina, la preparación del nixtamal para las tortillas, el hilado y tejido, la cerámica y algunos aspectos específicos de la agricultura y la domesticación de los animales, pero su principal función era la de dar guerreros y servir a los hombres en los momentos de desahogo sexual. El rol principal de la mujer era el de dar satisfacción sexual a su compañero, procrear, sin ser tomada en cuenta como ser humano, aunque también formaba parte de la tribu. Era considerada como un objeto de placer, a pesar de que podía ejercer otras actividades y podía hacer resaltar sus cualidades como persona. Solamente se le categorizaba en el mismo rango que el masculino por su capacidad de engendrar y por morir al momento de dar a luz, otorgándole por estas situaciones el rango de diosa (Alegría, 1978).

Debido a la alta tasa de mortandad, era muy común que dentro de la cultura prevaleciera la poligamia, existía para el hombre una esposa legítima con quien celebraba la ceremonia del matrimonio, pero a la vez podía gozar de un sin número de concubinas oficiales. Solamente los hijos engendrados en el matrimonio lograban gozar de derechos preferenciales; y las esposas tenían que ser fieles a los maridos, debiendo permanecer castas y vírgenes desde la soltería (Soustelle, 1956; citado en González, 1996).

El sistema poligámico no subvertía el orden como podía hacerlo evidentemente el adulterio femenino. Se trataba de asegurar la filiación paterna del hijo y así la relación de un casado con una soltera no era un delito. Se aconseja a la hija una y otra vez, evitar la traición que se llama adulterio porque es una caída en la sima sin suelo que no tiene remedio ni jamás se puede sanar (Tuñon op.cit.).

2.4.2. Familia en la época colonial

Lo que los indígenas vivieron como la catástrofe que terminó con su mundo fue lo que abrió paso a una realidad. La conquista española enfrentó a dos mundos, ambos poderosos en proceso de expansión política, militar y profundamente

religiosos, ambos caracterizados por un sistema patriarcal o de predominio masculino.

La mayor parte de los españoles que se presentaron a la nueva empresa eran solteros o bien habían dejado a sus esposas guardadas en la seguridad de la península. Fueron pocas las españolas que llegaron en esos primeros años al nuevo mundo, y por lo general, las que lo hacían se acercaban con sus familias en las islas ya colonizadas. Era natural que el concubinato tuviera lugar casi inmediatamente.

Desde los inicios de la guerra de conquista las mujeres indígenas estuvieron presentes: en los primeros regalos que recibió Cortés de Moctezuma estaba un lote de esclavas para su regocijo. La mujer era pues, objeto de regalo y de placer en ambos mundos. Los españoles tenían prohibido el contacto físico con mujeres no cristianas, y evidentemente las candidatas a concubinas no lo era. De ahí que la doble moral hiciera pronto su aparición en estos hombres: ante la tardanza de representar un proceso normal de evangelización los conquistadores optaron por bautizarlas con rapidez.

El virreinato, para la mujer implicó la adecuación social a un sistema complejo que la recluye nuevamente en el conocido ámbito del hogar, ahora con la variante del convento o la casa pública. El concubinato de españoles con indígenas convivía con el matrimonio legal (Tuñón, 1987).

En aquella época eran las castellanas las merecedoras de privilegios, puesto que eran las esposas legales y por tanto, las dominadoras, no por ello podían sentirse seguras de sus hombres, sabedoras de que ellos tenían dos o tres mujeres más con quienes tenían más hijos además de los suyos, y aunque de formación tradicionalista, no podían rebelarse contra aquello, desarrollando un sistema de defensa que se traducía en desprecio contra su rival indígena. Las indias se sabían inferiores y menospreciadas, las cuales fueron violadas en un principio por los españoles. Ellas prestaban servicio a las españolas cuidando a sus hijos y a la vez dando servicio sexual a los castellanos (Alegría, op., cit.).

Menciona Rosario Castellanos (Citada en Tuñón, op.cit.) que “la concubina india fue tratada como un animal doméstico y como el desechada al llegar al punto de la inutilidad. En cuanto al los bastardos nacidos de ella, eran criados como siervos de la casa grande...”

Ramírez, (1977) (citado en González, 1996) señala que dentro de la relación conyugal, el mestizo adoptaba el mismo patrón de comportamiento que su padre, con la idea de superioridad del hombre sobre la mujer.

2.4.3 Familia en la época independiente

La época independiente se caracteriza por la presencia de constantes guerras. Las mujeres al igual que en otras ocasiones se dedicaron a seguir a sus hombres. Desde entonces muchas de ellas acompañaban a sus maridos a los campos de batalla. Cuando los acompañaban no sabían de ideas políticas ni de razones políticas ni económicas, y es incapaz de imaginar o aspirar a circunstancias mejores lo que si saben es que tienen a un hombre al que pertenecen puesto que es el que las provee económicamente, las maltrata les pega, con el que tiene relaciones sexuales y las embaraza, y le sirven incondicionalmente (Alegría, 1978).

Las mujeres conseguían comida y la preparaban. Curaban a los enfermos, cuidaban a los hijos y seguían pariendo. Estaban presentes al final del día, cuando apetecían el descanso de una jornada de lucha o de cambio. Los papeles tradicionales a groso modo se mantenían pero fuera del ámbito de lo privado, otorgando otro sentido a su situación: la labor de la guerra obligo a la mujer a trabajar en lo colectivo. Así en cocinas improvisadas se rompía el modelo ideal de aislamiento familiar. Es claro que la escasa organización de los ejércitos revolucionarios obligaba a las mujeres a ejercer su añejo papel de abastecedoras de servicios: cocineras, lavanderas y concubinas (Tuñón, 1987).

Con la revolución la mujer fue incorporada al mundo de lo público brutalmente, ellas también participaron como correos, espías, empleadas,

transportistas de armas, y municiones, costureras de uniformes y banderas, contrabandistas, secretarias.

La revolución representó para el colectivo social femenino la coyuntura para lograr cambios sustanciales en su estatus social. No faltaron las mujeres que aprovecharon para demandar las modificaciones necesarias para un cambio formal de condición.

Al finalizar el movimiento cuando poco a poco las formas tradicionales volvieron a su cause, afloro el temor de que con tanta libertad la mujer pudiera perder su feminidad, entendida como docilidad y sumisión, como base del hogar. Sin embargo el camino avanzado, por un lado, y las necesidades específicas de los nuevos tiempos por el otro auguraban que un retorno al mundo de lo anterior-inferior no habría de darse sin discusión ni lograrse en forma absoluta. Un grupo reducido de mujeres había de mantener la lucha hasta llegar a sus últimas consecuencias los avances logrados, pero otras prefirieron la comodidad de lo conocido: al fin y al cabo la tradición feminista era reciente y el condicionamiento ideológico era ancestral (Tuñon op. cit.).

2.4.4 Familia tradicional

La familia en México es una institución muy respetada a nivel conceptual. Se considera que es la básica agrupación social en la que reposan los intereses económicos, psicológicos y sociológicos de la nación. Concediéndosele por lo tanto, una gran importancia que, sin embargo, no coincide con la realidad.

La familia mexicana en realidad es la propiedad privada del hombre, y el núcleo social básico en donde se descargan numerosos conflictos. Las mínimas cualidades requeridas para el mediano funcionamiento del núcleo familiar son nulas en la mayoría de los hogares mexicanos, que regularmente adolecen de inestabilidad, violencia e incomunicación.

El hombre mexicano se siente dueño de su familia, a el le pertenecen la mujer y los hijos, y tan es así que se siente con derecho a realizar

cualquier intransigencia. Es muy común, por ejemplo, que maltraten a sus esposas y las rebajen y humillen por cualquier motivo. Todas las frustraciones o enojos que ellos puedan tener por mil motivos son descargados en el hogar con mayor o menor violencia. El hombre que se embriaga, llega a su casa a dar libre salida a sus complejos, y a demostrar todo lo macho que es, sin tolerar la menor oposición; y a veces sin necesitar embriagarse busca el menor pretexto para enfatizar su capacidad de dominio. Y así la familia se debe a él de manera absoluta. Él en cambio no se debe a su familia sino a las mil cosas tan importantes que tiene que hacer en la calle, tales como el trabajo, las diversiones, y en muchas ocasiones la atención de otra familia. Es muy común que el hombre mexicano tenga dos familias. El concepto de “la casa grande” y “la casa chica” es muy aceptado en nuestro medio (Alegría, 1978).

El mundo del mexicano tiene una doble moral sexual y características contrastadas en los papeles que recíprocamente juegan el hombre y la mujer.

El varón es dueño de prerrogativas, usa sin restricciones el dinero, se permite placeres que niega a su mujer y gasta en ropa cantidades más significativas que su pareja. El hombre tiene el privilegio de ser servido por la mujer, a esta no se le permite que indague la utilización que el hombre hace del dinero. El varón detenta poder y recursos (Ramírez, 1975).

El esposo no sabe ni quiere saber nada de lo que sucede en su casa. Solo demanda que todos lo obedezcan y que su autoridad sea indiscutible. A menudo se reúne con sus amigos y prosigue con ellos una vida que en nada difiere de la que practicó antes de casarse. Hacia sus hijos muestra afecto pero antes que nada autoridad. La esposa se somete y es privada de su anterior idealización debe servirle a su entera satisfacción. Así la esposa mexicana entra, mucho antes de la maternidad, en el camino real de la abnegación, la negación de todas sus necesidades y prosecución absoluta de la satisfacción de las de todos los demás, con su actitud y afecto es la fuente de toda ternura, la sentimentalidad, y aún la porción más amplia de las expresiones culturales del mexicano.

La literatura, pintura, escultura, filosofía y religión están saturadas de alusiones directas y simbólicas, a la madre (Díaz, 1975).

De esta forma la imposición del hombre sobre la mujer es completamente subjetiva se encuentra en lo que es y lo que podría ser; la mujer acaba por ser sujeto de la procreación y nada más; el hombre es el inventor, y el creador de todo, el que descubre, el que sueña, el que tiene aventuras.

Pero el hombre al plantearse como creador absoluto también cuenta con la complicidad de la mujer. En una dialéctica constante de amo y esclavo, ninguno puede prescindir del otro ni destruirse mutuamente, por que negarse a la complicidad sería como renunciar a las ventajas que esto les confiere, porque ella misma ha escogido el camino fácil, de depender del esposo o de los hijos y realizarse a través de ellos y no por si misma. La opresión de la mujer se origina en términos sentimentales en la voluntad de perpetuar la familia y mantener integra esta estructura social (Careaga, 1993).

El matrimonio se ha presentado siempre de manera radicalmente distinta para el hombre y la mujer. Los dos sexos se necesitan el uno al otro, pero esa necesidad no ha engendrado nunca la menor reciprocidad entre ellos. Socialmente, el hombre es un individuo autónomo y completo; es considerado como productor y su existencia se justifica por el trabajo que prevee (Beauvoir; 1989).

A partir de la religión el hombre crea una ideología más represiva para controlar a la mujer. Es en esta, en la cual la carne es maldita y la mujer se presenta como una tentación temible. En todos los escritos de los primeros padres de la iglesia hasta la edad media, la mujer es la encarnación de Luzbel: Adán fue inducido al pecado por Eva al pecado; todos los religiosos, proclaman que la mujer es la corrupción de tal forma que hay que someterla con la imposición de una religión que abomina el cuerpo, el sexo y que hace que la mujer aparezca como una pecadora.

La mujer podrá reparar la culpa solo aceptando las reglas del juego impuestas por el hombre, que le transmite los mensajes de Dios y le dirá quien es y cual es su lugar: y Dios dijo a la mujer “yo multiplicaré tus afanes y tu gravidez. Parirás los

hijos con dolor. Estarás sujeta al poder del varón y el te dominara”. Dios habla por boca de los hombres, los cuales le atribuyen la culpa y el pecado y le asignan el lugar que debe ocupar. Asimismo le fomentan la maternidad, diciéndole que tendrá los hijos que dios le de y le prohíbe las relaciones antes del matrimonio exigiéndole llegar virgen a este (Careaga, op., cit.).

Hoy día el matrimonio conserva la figura tradicional. Todavía hay importantes capas sociales en las cuales no se les propone ninguna perspectiva; la soltera queda como sirvienta del padre o de los hermanos; el matrimonio la sujeta a un hombre, pero la hace dueña de un hogar. En ciertos medios burgueses aún en el caso de que esté más emancipada, el privilegio económico que reiteran los machos la obligan a preferir el matrimonio a un oficio, por lo que buscará un marido cuya situación sea superior a la suya. Se admite como antes que por parte de la mujer el acto amoroso es un servicio que rinde al hombre, quien toma de ella su placer y le debe en cambio una compensación. El cuerpo de la mujer es un objeto que se compra, y para ella representa un capital que está autorizada a explotar. A menudo se compromete a proveer el trabajo doméstico. En todo caso tiene el derecho de dejarse mantener, y aún la tradición la exhorta a ello. Es natural que se sienta tentada por esa facilidad, cuanto más que los oficios femeninos son muchas veces ingratos y mal remunerados, todo lo cual hace del matrimonio una carrera más ventajosa que muchas otras.

De tal forma que las conductas aprendidas en el patriarcado siguen vigentes dándole un estatus de superioridad al hombre.

Actualmente, los sistemas legislativos de los países civilizados modernos van reconociendo, que el matrimonio, para tener validez, debe ser un contrato libremente consentido por ambas partes, y, que durante el período de convivencia matrimonial ambas partes deben tener los mismos derechos y los mismos deberes. Si estas dos condiciones se aplicaran con rectitud, las mujeres gozarían de todo lo que pudieran apetecer (Engels, 1970).

Sin embargo y pesar de estas leyes ya establecidas en cuanto al matrimonio podemos observar que en realidad no se cumple en tanto que la

desigualdad persiste dentro de la familia, a pesar de los cambios que se han dado por la liberación de la mujer y la introducción de la misma en el ámbito laboral, la mayoría continúan con su desempeño en los roles que adoptaron de la familia y con las mismas creencias que desde niñas se le inculcaron sobre todo en cuanto al mito de la infidelidad, el cual siempre ha existido y del cual poco se habla.

CAPITULO 3: LA MUJER MEXICANA ANTE LA INFIDELIDAD MASCULINA

Como hemos visto desde hace mucho la sociedad ha perpetuado patrones de conducta diferentes para el hombre y la mujer, a esta última se le ha inculcado sobretodo en la familia que sus deberes están en lo domestico y que su destino es el matrimonio el cual dependerá de ella para que la familia sea feliz a pesar de que ella no lo sea porque lo que importa son los hijos y el esposo aunque sea infiel.

3.1 Definición de infidelidad

Actualmente lo que define a una pareja como tal son el sentimiento y el compromiso de pertenencia mutua, mismos que se traducen en el deseo de compartir e intercambiar experiencias, sobre todo emocionales y sexuales, de manera exclusiva y permanente. Es decir, mi pareja y yo decidimos, de manera voluntaria, las emociones amorosas y sexuales, nuestros cuerpos son y serán compartidos entre ambos y por nadie más.

Así la infidelidad puede ser definida de esta manera: una relación interpersonal que se da fuera de una pareja que suponga, tácita o explícitamente, una exclusividad emocional y sexual.

La relación extrapareja puede ir desde un involucramiento emocional no sexual que contenga elementos de atracción y sobre todo secreto, hasta la ocurrencia eventual o continua, con o sin involucramiento emocional, del ejercicio de la sexualidad” Zumaya, (1999).

Asimismo Eaker, (1994) menciona que el adulterio es un intercambio sexual voluntario entre un hombre o mujer casado/a y otro hombre que no sea su esposo/a. Cualquier violación a la confianza, no es necesario que se produzca el intercambio sexual, “los amoríos de corazón” pueden ser más traicioneros aún que los puramente físicos. Las mujeres particularmente se

sienten inclinadas a dejar a sus esposos cuando sienten una fuerte unión emocional con otro hombre.

De igual forma Salmeron menciona que por infidelidad, relaciones extraconyugales, amantes, etc., entendemos la relación fuera del lazo conyugal que uno de los miembros establece con otra persona sea esta del mismo sexo o del opuesto, y con quien obtiene algún tipo de relación amorosa (no solamente genital), ésta puede ser a corto o a largo plazo.

Agrega que el lazo conyugal alude no al hecho jurídico de contraer matrimonio sino a la posibilidad de que la pareja haya aceptado llevar una relación más o menos duradera, de manera voluntaria y comprometiéndose moral y físicamente el uno con el otro.

Por otra parte Einsenberg (1993) plantea que existen diversas definiciones pero ella deja clara la diferencia que existe entre adulterio e infidelidad y menciona que el primer término es legal utilizado solo para aquellos que estén casados y que acuden a la cúpula carnal voluntaria con un tercero que no es el marido o la esposa. En tanto que la infidelidad representa una violación o traición a una promesa o un voto que la pareja acordó en un convenio exclusivo entre dos independientemente de si hubo o no algún convenio formal ante la ley, además de que no se refiere necesariamente al coito sexual con el tercero involucrado y además es un fenómeno multicasual que no solo involucra factores sexuales, sino que también biológicos y psicológicos.

Así, encontramos que en la idea de fidelidad la idea de fe (fides=fe) asociada a la idea de promesa que, en las relaciones de la vida social, además de las relaciones conyugales, se suele confundir con la idea de compromiso y de palabra dada. Así, en la sociedad de la edad media, el vasallo jura fidelidad a su soberano hace el juramento de no faltar a ningún deber hacia él y servirle lealmente, bajo peligro de vida. Solo el soberano podrá relevar al vasallo de su promesa. Hablando de la fidelidad de su mujer, se dirá que no ha faltado a la fe conyugal. La fidelidad es un deber estricto motivado por una cierta dependencia religiosa y rigurosa de este deber. La ceremonia religiosa del matrimonio refuerza la idea de fidelidad, que tampoco está ausente en la ceremonia civil, pero

que, sin el soporte de la justificación religiosa, queda más bien como compromiso recíproco. La consecuencia lógica de la fidelidad es la honestidad y la castidad conyugales, indispensables para la mujer que no quiera mancillar el honor y el nombre de su marido. En la práctica no son virtudes que se atribuyan a los hombres y la opinión pública es indulgente, generalmente, con el marido versátil, San Pablo en la primera epístola a los corintios precisa que “el marido infiel es santificado por la mujer fiel y añade que la mujer infiel es santificada por el marido fiel, pero la culpabilidad y la falta, cuando el pecado carnal está consumado, recaen y los sufre solo la mujer adúltera. El patriarcado somete sin discusión posible la mujer al hombre, la esposa al marido, el deber conyugal y la fidelidad es lo que se espera de ella y el marido, a pesar de las sabias recomendaciones de la iglesia y del código civil, no tienen, verdaderamente por que practicarlos.

Así encontramos que la expresión de fidelidad no aparece hasta los siglos XIII y XIV, cuando se instaura una vigilancia en las costumbres, en una sociedad donde los nobles preferían los placeres de la mesa y los de la guerra a los del amor. En ésta época se desarrolla el amor galante, en el que la delicadeza, la ternura contenida y la sensualidad sutil ocupan el lugar de una brutal expresión de los sentimientos. Si hay violencia hay que reprimirla para agradar a la amada. La fidelidad ocupa un puesto de honor en las relaciones entre la dama y su enamorado, el cual no tiene ningún derecho de propiedad sobre este bien precioso que no le pertenece, y al que tiene que desear en silencio, durante largo tiempo, antes de despertar la atención de su dueña, expresión que no tenía el sentido peyorativo que se le da hoy. Entre la fidelidad atenta del caballero, y la fidelidad resignada, impuesta por el deber conyugal del esposo rudo y brutal, que impone la ley, la delicadeza de los sentimientos cambia el significado de la fidelidad.

Encontramos pues dos formas de fidelidad: la que es externa a la persona, la institucionalizada, es una ley impuesta, cuya trasgresión es una falta grave castigada por la ley y condenada por la iglesia, y la que es un compromiso libremente escogido por los dos componentes de la pareja.

Desde hace dos mil años, las relaciones entre los sexos y la institución familiar han evolucionado muy poco porque la influencia de la iglesia no ha disminuido en este dominio y su control sigue vigente y alcanza un ámbito muy amplio (Gondonneau, 1974).

El adulterio ha sido condenado, prácticamente en todas las culturas occidentales, debido a la amenaza que plantea para la unidad familiar. Además se le condena de forma unánime en la teología judeo-cristiana. Sin embargo, en la historia de la cultura nunca ha sido castigado el coito extramarital en el hombre y ni siquiera se le ha controlado; mientras que las mujeres han sido sujetas a un código de ética sexual, mucho más rígido, estas diferencias de actitudes son primordialmente el resultado del hecho de que si las mujeres se implicaran en el coito extramarital, éste amenazaría la estabilidad económica de la sociedad, se reflejaría sobre la masculinidad y el prestigio social de sus esposos y, en el caso de embarazo, plantearía la duda de la responsabilidad paterna (Harper, 1961; citado en Maccary, 1996).

3.2 La mujer mexicana ante la infidelidad

La cultura otorga un viso romántico al sufrimiento por amor a la adicción a una relación. Desde las canciones populares hasta la ópera, desde la literatura clásica hasta los romances arlequinescos, desde las telenovelas hasta los filmes y obras de teatro aclamados por la crítica, estamos rodeados de innumerables ejemplos de las relaciones inmaduras e insatisfactorias que se ven glorificadas y ensalzadas. Una y otra vez esos modelos culturales inculcan a la mujer que la profundidad del amor se puede medir por el dolor que causa y que aquellos que sufren de verdad, aman de verdad. Así se acepta que el sufrimiento es parte natural del amor y que la voluntad de sufrir por amor es un rasgo positivo en lugar de negativo.

De esta forma la mayoría de las mujeres crecen y continúan en estos roles que se adoptan de la familia de origen, lo que implica negar las propias necesidades e intentar satisfacer las de los otros miembros de la familia acosta de lo que sea (Norwood, 1986).

Así se les enseña a las mujeres a ser responsables por el éxito de sus relaciones. Cuando algo importante sale mal en la relación, las mujeres creen que han fracasado en su misión en la vida. Sienten atacado el centro mismo de su identidad femenina. La mayoría de las mujeres aunque sean profesionistas caen en esta actitud. Es una reacción que nuestra cultura ha impuesto a las mujeres (Botwin, 1989).

De esta forma hombre y la mujer reaccionan en forma muy diferente ante la infidelidad de su pareja, aún cuando en el fondo les duela por igual. Cuando el hombre es el que engaña, la sociedad presiona a la mujer injustamente a perdonar, a que de a su esposo otra oportunidad o a sentirse culpable convenciéndola de que es ella la que “fallo” por lo que tiene que hacer un esfuerzo por retener o reconquistar al marido.

Por el contrario, al hombre frecuentemente se le concede el derecho de juzgar y condenar con severidad a la mujer infiel, haciéndola sentir indigna e inmoral y merecedora de los peores castigos (Serrano, 1997).

La reacción de la mexicana ante la infidelidad cotidiana del hombre es de disimulo y al mismo tiempo de resignada aceptación, puesto que según ellas se trata de algo normal y sano ya que tiene todo el derecho de hacerlo porque son hombres, y los hombres son así, mientras que ellas en cambio, por ser mujeres tienen que soportarlo todo sin rebelarse, sin hacer nada para sí misma. Con mucha frecuencia se quejan y hacen alarde de su resistencia ante los malos tratos del marido y ante tal adversidad surgen las mártires capaces de soportar cualquier dolor, cualquier atropello, terminando por solazarse en un profundo masoquismo.

Hay muchas para quienes es un orgullo tener un macho. El hecho de que su hombre tenga muchas mujeres y que las golpee, les causa placer, y otras aunque menos exigentes, no dejan de manifestar agrado ante los despliegues de dominio de sus maridos.

El hecho de tener un hombre es para la mexicana sumamente importante; en principio se supone que por razones económicas, puesto que teóricamente el hombre es el proveedor del hogar, y todas buscan desesperadamente al que

deberá sostenerlas por toda la vida, pero eso también es falso considerando la gran cantidad de maridos desobligados; tampoco es por apoyo, pues son contados los maridos que apoyan a sus mujeres y menos aún que las respeten (Alegría, 1981).

Existe una enorme cantidad de mujeres que siguen con sus parejas a pesar del engaño ya sea por la posición económica, el estilo de vida, su personalidad excitante, el estatus que confiere a su pareja, su encanto, su aspecto físico, su talento o cualquier otra cosa vale la pena o es importante por el bien de los hijos, por no destruir la familia.

También algunas mujeres temen estar solas y en consecuencia colaboran con las aventuras amorosas de sus esposos negándose a reconocer lo que en realidad saben y evitando hablar con ellos al respecto. De esta forma permiten que una o muchas aventuras se prolongue de forma indefinida. Existe una clase de pacto en el cual una mujer alienta de manera encubierta la infidelidad de su esposo para evitar sus exigencias sexuales y esto es muy común.

Muchos hombres hacen que sus esposas se sientan más desvalidas mediante comentarios tales como: ¿Qué harías tú sin mí?, y las mujeres están dispuestas a aceptar la infidelidad de sus parejas a cambio de una vida acomodada.

Algunas incluso aquellas que se angustian al descubrir la verdad son cómplices voluntarias.

Al marido se le permite ser infiel con los beneficios que esto implique para él, a cambio de algo que constituya una ventaja para la esposa. Si bien las circunstancias varían con el matrimonio, muchas mujeres acaban por hacer intercambios en cuestiones por ejemplo de tiempo, comida, etc (Botwin op. Cit.).

Con frecuencia los roles que se mantienen se basan en la dependencia y la dominación. La mujer teme armar un alboroto o siquiera saber de modo consciente lo que puede resultar dolorosamente obvio porque eso podría implicar una ruptura de la relación y ella tiene miedo de no saber valerse por sí misma. A menudo esta mujer está casada con un hombre acostumbrado a hacerse cargo de

las cosas y a él le agrada tener el control y por lo tanto no hace nada para que su mujer se sienta más competente.

En ciertos círculos de la clase alta, la infidelidad del hombre rico y poderoso es algo que se da por sentado. Sin embargo hay personas más pobres que viven de esa manera allí se espera que los hombres sean infieles y que sus esposas lo toleren a pasar de saberlo. Por lo general se trata de mujeres muy dominadas por los varones, las cuales consideran a la infidelidad como un privilegio masculino. Pero a las mujeres que hacen lo mismo se las mata o se las golpea.

Hay ocasiones en que la mujer soporta la infidelidad para conservar su posición de víctima. Las mujeres de esta clase a menudo están vinculadas a tiranos, sádicos, alcohólicos u hombres que nunca trabajan, que las insultan o se aprovechan de ellas. Soportan cualquier cosa en nombre de la lealtad o porque los “aman”. Es probable que él sea un canalla, pero ella se cree una santa. Y eso la eleva. Se siente superior a él en ese aspecto le agrada ser superior a él moralmente y esa es su recompensa.

Otra clase de santa es la mujer que sufre de una falta de autoestima, si su esposo es infiel, ella lo entiende perfectamente ya que ella se siente tan poca cosa que es lógico que le atraigan otras mujeres confirma su impresión de no merecer el afecto total de un hombre y lo deja que continúe con sus aventuras porque no merece competir con las demás.

Hay otra mujer que recibe con agrado la infidelidad porque le proporciona la oportunidad para torturar a su marido. Los integrantes de esta pareja están siempre atacándose y hacen todo lo posible por fastidiarse. Esto incluye tener aventuras y ser descubierto (Botwin, 1989).

Evidentemente no es agradable sentirse engañado, pero cada individuo procesa su dolor, decepción y rabia de manera diferente. La forma como reaccionamos depende de nuestro carácter, nuestras creencias con respecto a la vida y las circunstancias específicas en que se da la infidelidad. No es igual la reacción de una chica joven, segura de sí misma, con un buen empleo y sin hijos, a la de una

mujer de 45 años que depende económicamente del marido y que tiene la autoestima muy devaluada.

Serrano (1997), analiza algunas de las conductas más usuales que las personas adoptan normalmente en este tipo de situación, para ello lo divide en dos categorías las pasivas y las agresivas, comenzaremos con las pasivas:

-Reproches y chantajes: es común que quién se siente engañado se dirija a la persona amada con recriminaciones y a veces hasta con llanto con frases como éstas: “ya no me quieres, si te importara la relación, mostrarías más interés”, antes no eras así has cambiado mucho” “yo que te lo he dado todo” etcétera.

Otra forma común de reaccionar es:

-Tener ideas tradicionales con respecto al matrimonio: en los países latinos, pese a los enormes avances logrados para erradicar la ignorancia, las influencias culturales y religiosas todavía subsisten, y se ejemplifican con frases como: “aguantate porque es tu cruz, no importa lo que haga es tu marido, así son los hombres. El matrimonio es para siempre, la iglesia o te permite el divorcio”. “La mujer debe ser sumisa y abnegada”.

-Usar a los hijos para atacar y/o retener a la persona infiel

El engañado puede adoptar la actitud de “víctima” hablar mal a los hijos del padre o la madre infiel, y hacer evidente su mala conducta.

Utilizar a los niños para retenerlo por obligación o chantaje.

Tratar de generar culpa al infiel: “los niños están muy mal por tu comportamiento”.

Abandonar al marido o correrlo de la casa.

Tiene actitudes complacientes , intenta seducirlo, trata de demostrar que puede ser “más mujer” . escucha consejos como”arréglate más , baja de peso ponte bonita y seductora”

Otra de las acciones es tener un dialogo civilizado y maduro. Intenta hablar para aclarar las cosas.

-Dialogar con la amante. Puede intentar localizar a la otra mujer, comunicarse con ella en persona, por carta o teléfono y pedirle que deje en paz a su marido.

-Quejarse con otras personas (familiares y amigos) para que intenten arreglar su matrimonio y los hagan “entrar en razón”.

-Rogarle que no lo deje.

-Obligarlo a dejar a la otra persona e imponer condiciones.

-Depresión profunda

-Suicidarse.

-Embarazarse: tener un bebé con la esperanza de que lo haga recapacitar. Si tiene hijos de un solo sexo, pensar que del sexo opuesto, en especial si no ha tenido varón, lo hará muy feliz.

Dentro de las REACCIONES AGRESIVAS Serrano menciona las siguientes:

Hacer lo mismo (ser infiel)

-Recriminación violenta. Agresión, reproches con pleitos.

-Divorcio inmediato y sin premeditación.

-Reclamarle a la otra/o que deje en paz a la pareja.

-Espiar al infiel o pagar detectives para que lo hagan.

En ocasiones el afectado se obsesiona tanto por revisar la ropa, la agenda telefónica, el coche, el portafolio, leer su correspondencia, y escuchar sus llamadas.

-Matarlo. Envenenarlo, dispararle con una pistola, clavarle un cuchillo o cualquier otra locura.

Así mismo MacCary, (1996), observa que las esposas en todos los niveles sociales son más tolerantes para los asuntos extramaritales de lo que sus esposos serían si ellas cometiesen adulterio. Solo el 27% de las mujeres en un muestreo de Kinsey (citado en MacCary, op., cit.) dijeron que buscarían el divorcio al tomar como base el adulterio de su esposo, mientras que el 51% de los hombres consideraban que la infidelidad por parte de sus esposas como totalmente destructora del matrimonio (Kinsey y cols)., 1948).

Y todo esto es como ya se ha venido mencionando por la educación que se ha recibido de la familia la cual no ha cambiado mucho en cuanto a las reacciones de la mujer mexicana con respecto a la infidelidad.

Lo que si ha cambiando según Zumaya (1999), es la incidencia de la infidelidad en las mujeres, que parece incrementarse particularmente en mujeres jóvenes. Sin embargo y sobretodo en México, los varones siguen teniendo más amantes que las mujeres.

CAPITULO 4: CAUSAS DE LA INFIDELIDAD

Son varios los motivos por los que se da la infidelidad, pero la mayoría de los autores como Zumaya, (1993); Botwin, (1989); y Serrano, (1997); entre otros concuerdan que la motivación masculina más frecuente es la búsqueda de variedad y excitación sexuales. Mientras que las mujeres buscan retribución emocional. Aunque el principal problema para las mujeres involucradas en una aventura es la culpa, hecho que parece ser unilateralmente ventajoso para el varón, que generalmente no experimenta lo mismo; de hecho, parece vivirlo la mayor parte de veces con orgullo más que con vergüenza. La mayor excepción a esta observación se apega al grupo de hombres con fuertes convicciones religiosas, pero aún en ellos la culpa tiene más que ver con ser descubiertos que por la infidelidad en sí. En cambio en las mujeres las lleva a terminar con la aventura más o menos en una cuarta parte de todos los casos. Ese sentimiento sobrepasa a las satisfacciones que se puedan haber experimentado y quizá tenga que ver con el hecho de que para un porcentaje significativo de mujeres, el hecho mismo de experimentar satisfacción sexual provoca culpa (zumaya, 1999).

4.1 Causas de la infidelidad masculina

Shere Hite (citada por Botwin, 1989), en su informe sobre sexualidad masculina descubrió que la mayoría de los hombres decían tener aventuras porque en su casa el sexo era insatisfactorio y por lo general infrecuente.

Los hombres tienen aventuras para obtener más sexo si el impulso sexual de la esposa es significativamente más bajo que el de ellos; lo hacen para lograr ciertos actos, como el sexo oral, que la esposa se niega a hacer y lo hacen cuando han perdido el deseo por sus esposas.

Las disfunciones sexuales masculinas tales como la eyacuación precoz, la impotencia prolongada en una pareja estable, es otro factor que puede impulsar a un hombre a intentarlo con otra persona.

En la actualidad, la infidelidad puede empezar porque se altera el equilibrio de poder en la relación. Es frecuente que se produzcan las infidelidades basadas en el juego del poder cuando la esposa trabaja, cuando empieza a ganar tanto como su esposo o más. Cuando empieza a ser más famosa o a tener más éxito que su pareja, o cuando ella decide que tiene derechos que se han pasado por alto en la relación.

Otro de los motivos es la crisis de la mediana edad, el hombre que lucha con sus sueños perdidos, con una carrera estancada, una barriga creciente, el cabello entrecano y la inevitable pérdida de la juventud, puede decidir que la solución a todo esto es una aventura, a menudo con una mujer más joven.

Otro motivo de la infidelidad es el bajo nivel de tolerancia a la intimidad emocional, estas personas pasan de una pareja a otra de forma que es una manera de diluir el acercamiento en una relación o de evitar por completo la intimidad o el compromiso (Botwin, 1989).

Así mismo, Serrano (1997) refiere otras motivaciones masculinas para que se de la infidelidad éstas son:

-Costumbres latinas. Dentro de estas sociedades se acepta y a veces hasta se fomenta que el varón se relacione con varias mujeres. Frases repetidas en nuestra cultura como: “es normal que se porten así , son polígamos por naturaleza, acéptalo”. “Un hombre no tiene nada que perder”, etc. Esto paulatinamente han permeado en nuestra manera de pensar provocando un doble estándar de conducta.

-Creencia de que el hombre y la mujer no tienen los mismos derechos. Estímulo y mayor libertad sexual para el hombre desde muy joven.

-Medios de comunicación. Incitan al hombre a conquistar a mujeres cuyos arquetipos son chicas casi perfectas físicamente de acuerdo a los dictados de la moda.

-Diferente sentido de valores. Creen que no tiene nada de malo andar con otra mujer si a su esposa no le falta nada económicamente. A la que aman es a su esposa las otras son simplemente “aventuras” .

-Influencia de los amigos. La necesidad de estimular su ego y vanidad al demostrarles a sus amigos que es un “ muy hombre” y que tiene “pegue con las mujeres” .

-Amor. Hay ciertos hombres que en verdad se enamoran de otra mujer, aunque tengan novia o esposa sobretodo si se casaron muy jóvenes o por obligación, si la chica estaba embarazada.

-Rutina. A veces un hombre busca a otra mujer cuando la relación con su pareja se vuelve monótona y deja de existir el enamoramiento inicial.

-Celos o posesividad exagerada (de la esposa). Un hombre llega a optar por engañar a su esposa cuando ella lo cela de forma repetida y exagerada, acusándolo de interesarse en otras.

-Estrés. (presiones de la vida cotidiana). Aunque vivamos en pareja, también requiere atender otros problemas de índole persona, laboral y familiar que ocasionan tensión y que afectan nuestros estados anímicos. Por ejemplo la presión del dinero, el riesgo de perder un trabajo, y a la vez una esposa que se encuentra insatisfecha de estar todo el día en labores domésticas y “batallando” con los hijos. Esta situación hace que ambos se sientan frustrados e incomprendidos lo cual se convierte en terreno fértil para la infidelidad como una vía de escape de la realidad.

-Indiferencia una esposa que prácticamente ignora a su marido, que no lo toma en cuenta y no le pone la más mínima atención, a la larga hace que él se sienta sin valor y que este muy susceptible a los halagos de otra mujer que lo haga sentirse importante y amado.

-Complacencia exagerada. Cuando se mima en exceso al marido se vuelve in ser egoísta y caprichoso, manipulador y demandante.

-Llegada de los hijos. Algunos hombres se ponen celosos cuando llegan los hijos, y acusan a la esposa de ser más mamá que esposa. Por fortuna en muchas parejas hay un cambio y ambos padres comparten la responsabilidad del cuidado y educación de los hijos.

-Celos irracionales y/o infidelidad de la mujer. Cuando el hombre se siente celoso, puede recurrir a un desquite o revancha por el interés que su esposa muestra por otro hombre o por la infidelidad comprobada.

Otro factor primordial para que un hombre sea infiel o no, son las oportunidades que han aumentado en nuestro mundo. Las actitudes sexuales más liberales y la mayor cantidad de mujeres que trabajan han puesto a los hombres en contacto con un mayor número de mujeres ya experimentadas sexualmente y por consiguiente más propensas a aceptar sus propuestas.

4.1 Causas de la infidelidad femenina

A diferencia de la infidelidad masculina, se ha escrito menos sobre la infidelidad femenina. Sin embargo, también existe a pesar de que, sobre todo en los países latinos, la infidelidad masculina es considerada casi como un atributo y a la femenina se le estigmatiza y se le condena severamente.

Zumaya (1999) comenta que las mujeres entran en una aventura por una serie de razones, por supuesto, pero la gran mayoría explica su motivación en términos de una búsqueda de emociones más gratificantes, de cara a una carencia emocional no cubierta por su cónyuge. Estas mujeres en general se sienten poco apreciadas, tanto en términos sexuales como emocionales. Muchas mujeres otorgan sus favores sexuales a favor del sentimiento de experimentarse como personas deseadas, valiosas. La aventura es un compromiso que ocurre para conseguir un ingrediente que se ha perdido en sus vidas.

Otro de los motivos que menciona Zumaya op.cit., es una venganza hacia sus esposos. El factor más común detrás de ésta es el descubrimiento de la infidelidad del esposo.

Así mismo, las causas que Serrano (1997) refiere son las siguientes:

-Por maltrato y abandono. Menciona que si una mujer casi nunca recibe de su pareja una palabra de aliento y además es objeto de malos tratos físicos y mentales, será muy sensible a los buenos modos y comprensión de otro hombre. Si el marido la denigra y la hace sentir vieja fea, gorda, tonta y que no vale nada al encontrarse con alguien que le ayuda a reforzar su autoestima y a mejorar su imagen, y la hace sentir especial y bonita o deseable, se crean las condiciones propicias para la infidelidad. En este caso no es necesariamente la atracción sexual lo que las orilla a la infidelidad, sino lo único que quieren es que alguien las escuche y se preocupe por ellas, ya que viven en una soledad terrible, y se sienten abandonadas, malqueridas y no apreciadas.

Otra razón que comenta es la venganza. Ella menciona que hay mujeres que con el paso de los años se decepcionan tanto de sus esposos, y se cansan de perdonarlo o de esperar que el “cambie”, además de que por algún motivo social, económico o familiar no quieren o no pueden divorciarse. Sin embargo sienten que ellas también tienen derecho a divertirse como lo hace su marido y es entonces cuando deciden ser infieles. Con esta actitud la mujer rara vez se encuentra satisfecha quizá por no poder compartir su vida abiertamente con él pues se ve forzada a verlo clandestinamente, o tal vez por el enorme riesgo que la infidelidad representa para su reputación y ante sus hijos. De esta forma puede sufrir una enorme decepción al ver que las cosas no salieron como ella se imaginaba. En algunas ocasiones de verdad se enamora del otro y se siente confundida y/o culpable.

-Por inmadurez psicológica. En este caso la infidelidad se da en mujeres que se casaron demasiado jóvenes, sin experiencia, y después no desean asumir las responsabilidades que implica un matrimonio. Algunas de estas mujeres se casaron casi a la fuerza porque estaban embarazadas o ellas mismas se casaron porque creyeron que estaban enamoradas. Pusieron oídos sordos a las personas que les decían que no se casaran y luego se arrepintieron de verse llenas de

trabajo, de hijos, problemas económicos, falta de libertad, con su desarrollo profesional detenido y con pocas o nulas satisfacciones personales.

-Promiscuidad. Existen mujeres que necesitan tener varias parejas para halagar su vanidad o satisfacer impulsos sexuales casi incontrolables. Sin embargo nunca quedan satisfechas, pues siempre quieren más y están inconformes.

-Luchas de poder. Un fenómeno muy curioso que se ha manifestado últimamente es el hecho de que, al tener la mujer la oportunidad de estudiar, trabajar y superarse en todos los aspectos, puede llegar el momento de que vea a su marido como “poca cosa” es decir, como un hombre mediocre, incapaz de salir adelante. Esto le provoca la inquietud de querer relacionarse con “alguno de su mismo nivel” por quien ella pueda sentir admiración. Algunas intentan la separación con el propósito de reconstruir sus vidas, pero los maridos se hacen las víctimas o las chantajejan y manipulan para que no las abandonen. En ese punto, las mujeres se sienten frustradas y “entre la espada y la pared”.

-Incapacidad física y/o sexual del marido. Hay casos en los que el hombre queda impedido físicamente por un accidente o por enfermedad, o sufre de impotencia sexual crónica. Existen mujeres que tratan de sobrellevar la situación de la mejor manera posible y se mantiene fiel, pero hay otros casos en los que la mujer no tiene la intención de relacionarse con otro hombre hasta que se le presenta la oportunidad. Aunque tal vez luche por sus sentimientos, no puede evitar sentirse enamorada o atraída por otra persona. Posiblemente se involucre en una situación pasajera, cargada de culpas, y finalmente renuncie a su amor, frustrada y llena de amargura.

-Por encontrar el verdadero amor demasiado tarde. Muchas mujeres encuentran el amor demasiado tarde. Entonces es cuando la mujer debe tomar la decisión de terminar la relación anterior o pagar las consecuencias de una equivocación.

Así podemos decir que son numerosos los motivos por los que hombres y mujeres son infieles pero que aún en la actualidad la mujer que tiene relaciones sexuales con muchos hombres es despreciada por ambos sexos,

mientras que el hombre que es conocido como un mujeriego a menudo se le considera atractivo tanto por los demás hombres como por las mujeres, y todas estas diferencias son inducidas culturalmente Botwin, (1989).

CONCLUSIONES

Como podemos observar a lo largo del presente trabajo al ser humano desde que nace se le clasifica según su sexo biológico lo que implica adquirir pautas de conducta específicas para cada uno de los sexos. Al hombre se le adjudican características de poder y audacia, mientras que a la mujer conductas de sumisión, pasividad resignación y abnegación entre otras (Díaz, 1975; CONAPO, 1982; Oakley, 1997; Montiel, 2001).

Todos estos comportamientos se aprenden en la familia ya que los padres y en especial las madres son las que educan a los niños y enseñan lo que es permitido para cada uno de ellos. A la mujer desde pequeña se le enseñan las labores domésticas y el cuidado de los niños mientras que al hombre no se le permite nada de esto porque son cosas de mujeres, cuando es adolescente al hombre se le permite tener relaciones pero se le indica que solamente hay dos clases de mujeres las malas con las que puede tener relaciones sexuales y las buenas las que son vírgenes hasta el matrimonio, de esta forma la mujer debe permanecer virgen hasta casarse y mantener una fidelidad para con el marido aunque el no lo sea porque a el si le es permitido tener otras relaciones antes y durante el matrimonio (Beauvoir, 1989; Ramírez, 1975; Díaz, 1975).

Así el destino que la sociedad propone tradicionalmente a la mujer es el matrimonio. La mayor parte de las mujeres, aún hoy en día, está casada, lo estuvo, se prepara para ello, o sufre por no serlo. La soltera, ya sea frustrada, rebelde o aún contraria al matrimonio, se define con relación a este último. A partir de ese momento la vida estará en función de la cotidianidad del matrimonio (Beauvoir, 1989)

Así el final de la historia de la mujer es pues el matrimonio y el matrimonio es la fidelidad eterna. El matrimonio le permite consagrarse desde ahora y para siempre al marido. El deber conyugal y las actividades domésticas convierten entonces a la mujer en la esclava voluntaria y siempre amante del marido.

En estas condiciones, la fidelidad no es más que la forma disfrazada del precio que paga la esposa por las “ventajas de esta situación. Por el contrario cuando un hombre “se hecha una cana al aire es excusable ya que su mujer no ha sabido hacer lo que tenía que hacer para retenerlo (Gondonneau, 1974).

La imagen construida socialmente refuerza esta idea ya que para el hombre esta el burdel, el harén, el sexo telefónico, la poligamia y grandes tiradas de revistas pornográficas y videos. De todo esto y más hay para el hombre gobernador.

Demóstenes escribió: “usamos a las prostitutas para nuestro goce, a nuestras concubinas para el trato diario y a nuestras esposas para tener hijos y confiarles el gobierno de nuestras casas (Runte, 2003).

En general es muy tolerada la infidelidad masculina pues siguen existiendo estas creencias de pensar al hombre más potente y con mayor necesidad sexual.

Pero en cuanto a la mujer es la infiel, son las mismas mujeres quienes atacan esa conducta, con comportamientos como la segregación y la denuncia al “pobre cónyuge engañado”. Además de que en las mujeres surge un auto castigo por se infieles pues es contrario a la imagen pública de ser decentes.

A todo esto podemos decir que si la infidelidad existe no es más masculina que femenina. La infidelidad es una realidad sociológica, adaptada a la realidad social y psicológica, pero es lógico que en una sociedad patriarcal sea la infidelidad femenina la que obsesiona. La indiscutible autoridad del padre es la que arrastra la sumisión de la mujer y la obediencia de los hijos.

Se ha tendido (influidos por el contexto socio-económico) a codificar una psicología masculina y una femenina, partiendo de unos datos característicos, por un lado se tiene la pasividad y la ternura y del otro lado la autoridad y el espíritu de iniciativa masculino, es cierto pero está realidad no es psicológica sino sociológica. Es exactamente lo que la sociedad pide al hombre y a la mujer. Es lo que la educación y principalmente la educación familiar perpetua

con unos aprendizajes indispensables para mantener el sistema económico y social, por tanto la fidelidad así como la pasividad y la sumisión son femeninas por razones económicas y no por razones psicológicas eternas ni naturales. Si una mujer fiel honra a su marido, es porque un marido es indispensable para la esposa sin recursos y sin ninguna calificación profesional. Tolerar la infidelidad masculina es aún más normal cuando la mujer se siente incapaz de subvencionar, por sí misma sus necesidades. Si el hombre puede otorgarse sin riesgos (como no sean disputas con la esposa) una o dos infidelidades, del mismo modo que se otorga un descanso cuando está fatigado, la mujer tiene más probabilidades de ser la víctima de una infidelidad. Si para el hombre, ser engañado es molesto para su prestigio social, cuando se es mujer, el hecho de ser abandonada es una gran caída, o al menos, un gran salto atrás en las rígidas jerarquías sociales.

Mientras no haya una igualdad real verificable en los hechos, en un plano económica y social, no habrá verdadera igualdad del hombre y la mujer, delante de la fidelidad y la infidelidad ; el deber conyugal seguirá siendo sexual y femenino (Gondonneau, 1974).

Esto ha sido transmitido de generación en generación desde que nace la familia monogámica en la que se funda el poder del hombre con el fin de procrear hijos de una paternidad cierta ya que algún día han de entrar en posesión directa de los bienes de la fortuna paterna.

En la conquista la mujer es utilizada como sirvienta o como mero objeto de procreación. En la colonia la historia de la mujer es una biografía de desgaste, de manipulación y de enajenación. La independencia y la reforma no trajeron más que algunos avances como el de tener acceso en forma privada a cierto tipo de educación. Pero la mujer no podía ir a la universidad. La revolución mexicana, le da por primera vez a la mujer la posibilidad de tener un puesto de mayor relevancia, e incluso de entrar a la Universidad; de votar a partir de 1952. pero de cualquier forma su biografía sigue siendo de desesperación. Hoy la mujer ha alcanzado un cierto grado de libertad, porque tiene educación, porque ha descubierto la píldora, porque trabaja mientras se casa porque tiene

ideas frente al consumo, se ha modernizado ciertamente ya sabe los secretos sensuales del Kama Sutra; pero en cuanto a las relaciones con la pareja no ha cambiado mucho porque sigue siendo en su mayoría aquella mujer abnegada que sabe soportar con resignación las adversidades de la vida, es decir, la que no protesta, la que nunca se rebela ni exige, la que se olvida de si misma en favor de los intereses de los otros, en resumen la que se nulifica. Y mientras las mexicanas continúen en su actitud de víctimas, en mucho se sigue propiciando el machismo. Mientras se sigan empeñando en tener un hombre a costa de humillaciones y malos tratos, y mientras solapen la infidelidad masculina y presten servicio sexual y humano como esposas y amantes incondicionales se seguirán incrementando las condiciones que sustentan su aniquilamiento.

El machismo continuará en la medida en que las mujeres lo permitamos a fuerza de erigirse “campeonas del sufrimiento” pues cada víctima funge como eficaz colaboradora de la siguiente generación de machos.

Es urgente que las mexicanas tomen conciencia de su complicidad con el cotidiano ejercicio de su propia denigración. Deben ubicarse como seres humanos y exigir sus derechos, pues no hay que olvidar que el hombre solamente es valiente ante las mujeres cobardes.

El día en que las mujeres puedan sentirse seguras y orgullosas de su propio sexo, el día de que se percaten de su propia importancia y sean capaces de respetarse a sí mismas, cuando puedan transmitir ese auto respeto y reclamarlo a los hombres y a sus hijos, entonces habrá empezado el proceso de evolución indispensable para el logro de las transformaciones requeridas a favor del cumplimiento de las futuras inquietudes espirituales y humanas que empiezan a vislumbrarse (Alegría, 1981).

Graciela Hierro, (1989) comenta la necesidad que tenemos de identificarnos con imágenes positivas que nos permitan fortalecer nuestra autoestima, indispensables para desarrollar nuestras potencialidades. Esta conciencia ha hecho evidente en el caso de las mujeres mexicanas, la dolorosa carencia de imágenes fuertes y positivas, tanto en la literatura como en la tradición sagrada y profana de nuestro país.

Al investigar las ideas centrales que han guiado la educación femenina tradicional, de inmediato surge la imagen de la madre que cubre el territorio. Se refleja en las ideas religiosas precisamente en la diosa madre de la cultura antigua: Coatlicue, Tonanzin. Después del encuentro con los conquistadores será María de Guadalupe el arquetipo de la educación femenina. Con ellas sabemos que nuestro destino es la maternidad, y que nuestra vida ha de desenvolverse en el ámbito cerrado de la familia. El espacio que nos reserva la cultura es el de lo privado, los hombres dominan el público. Nacemos a lo doméstico y todo el esfuerzo educativo se concentra en lograr nuestra exitosa “domesticación”.

Y mientras siga siendo así la mujer seguirá siendo un mundo intrascendente donde se pierde en la metafísica de la vida cotidiana, de consumo objeta, viviendo de una manera puramente formal ya que son incapaces de dedicarse a otro tipo de actividades que no sean el cuidado de la casa y la compra de objetos. No puede hacer varias cosas al mismo tiempo, no puede aprender las lógicas políticas ni culturales, y se dedica a justificar y a fundamentar el legado social de creer que la mujer es un ser de segunda clase y ese legado lo convierte en historia natural (Careaga, 1993).

BIBLIOGRAFÍA

- 1.-Alegría, J. (1981). *Psicología de las mexicanas*.
México: Diana.
- 2.-Beauvoir, S. (1989). *El segundo sexo*.
México: Siglo XX Alianza
- 3.-Botwin, C. (1989). *Los hombres que no pueden ser fieles*.
Argentina: Vergara.
- 4.-Careaga, G. (1993). *Mitos y fantasías de la clase Media en México*.
México: Cal y Arena.
- 5.-Consejo Nacional de Población (1982). *Sociedad y sexualidad Vol.I*.
México.
- 6.-Díaz, G. (1975). *“Psicología del mexicano*.
México: Trillas.
- 7.-Di Meglio, C. (1980). *La pareja al desnudo*.
Barcelona-Buenos Aires-México: Ediciones: Grijalbo.
- 8.-Eaker, W. (1994). *Adulterio, el engaño perdonable*
Argentina.: Vergara
- 9.-Eisenberg, G. (1999, septiembre-octubre). La infidelidad a lo largo del ciclo vital de la pareja Revista creada por el proyecto internet del ITESM-CEM (En red). Disponible en:
http://www.cem.itesm.mx/dacs/publicaciones/proy/n2/inv_infideli d2.html.
- 10.-Enciclopedia Encarta, Microsoft 2002
- 11.-Engels, F. (1979). *EL origen de la familia propiedad privada y estado*.
México: Trillas.
- 12.-Esquivel, M. (1992). *“Terapia de género”*. Tesis de licenciatura no publicada, Universidad Nacional Mexicana Autónoma de México Campus Iztacala, Edo. Mèx., México.

- 13.-Gondonneau, J. (1974). *La fidelidad, la infidelidad*.
España: Kairos.
- 14.-González, C. (1996) “ *Infidelidad amenaza al matrimonio*”. Tesis de licenciatura no publicada, Universidad Nacional Autónoma de México Campus Iztacala, Edo. Mex., México.
- 15.-Gorra, C. (2003) Roles sexuales; feminismo y la pareja en el siglo XXI. Rompan filas (En red). Disponible en: <http://esrpiente.dgsca.unam.mx/rompan/49/rf49a.html>.
- 16.-Guerrero, B. (1992) “*Roles sexuales y prostitución*”. Tesis de licenciatura no publicada, Universidad Nacional Autónoma de México Campus Iztacala, Edo. Mex., México.
- 17.-Gutiérrez, H. (1991). “*Socialización temprana del género en la familia*”. Tesis de licenciatura no publicada, Universidad Nacional Autónoma de México Campus Iztacala, Edo. Mex., México.
- 18.-Hierro, G. (1978). *De la domesticación a la educación de las mexicanas, México: Torres Asociados*.
- 19.-Lamas, (1996) Revista la tarea. La perspectiva género. Disponible en: www.latarea.com.mx/articuloaticu8/lamas8.htm.
- 20.-Lasch, C. (1984). *La familia ¿santuario o institución asediada?*
España: Gedisa.
- 21.-McCary; (1996) *Sexualidad humana*.
México: Moderno.
- 22.-Montiel, B. (2001) Las mujeres y la soledad. Revista fem (México),
Septiembre, 4-7
- 23.-Noorwood, (1986). *Las mujeres que aman demasiado*.
Argentina: Vergara
- 24.-Oakley, A. (1977). *La mujer discriminada, biología y sociedad*.
Madrid: Debate.
- 25.-Paz, O. (1985). *El laberinto de la soledad*.

- 26.-Ramirez, S. (1975) *infancia es destino*.
México: Siglo XXI.
- 27.-Runte, G. (2003) *¿Por qué somos infieles las mujeres?*.
Barcelona: Gedisa.
- 28.-Salmeròn, G. (1999). Infidelidad, causa o consecuencia de la crisis de la pareja. (En red). Disponible en:
<http://www.psicoterapiaintegral.com/articulo/infid.htm>
- 29.-Serrano, L(1997). *Infidelidad la confianza traicionada*.
México: Santillana.
- 30.-Tuñon, P. (1987). *Mujeres en México una historia olvidada*.
México: Planeta.
- 31.-Zumaya, M. (1999). *La infidelidad ese visitante frecuente*.
México: Edamèx.